EUROPA DESDE LA PERSPECTIVA DE JUAN PABLO II

POR

JUAN VALLET DE GOYTISOLO

I

SIGNIFICADO DE EUROPA.

1. El martes 9 de noviembre de 1982, Su Santidad el Papa, en la Catedral de Santiago de Compostela, conminaba a Europa con estas ardientes palabras: «*yo, Juan Pablo II, hijo de la nación polaca que se ha considerado siempre europea por sus orígenes, tradiciones, cultura y relaciones vitales, eslava entre los latinos y latina entre los eslavos: Yo, sucesor de Pedro en la Sede de Roma, una sede que Cristo quiso colocar en Europa y que ama por su esfuerzo en la difusión del cristianismo en todo el mundo. Yo, Obispo de Roma y pastor de la Iglesia Universal, desde Santiago, te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor. Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive tus valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu unidad espiritual, en un clima de pleno respeto a las demás religiones y a las genuinas libertades. Da al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. No te enorgullezcas de tus conquistas hasta olvidar tus posibles consecuencias negativas. No te deprimas por la pérdida cuantitativa de tu grandeza en el mundo o por las crisis sociales o culturales que te afectan ahora. Tú puedes ser todavía faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo. Los demás continentes te miran y esperan también de ti la misma respuesta que Santiago dice a Cristo: "lo puedo"*».

Fundación Speiro

Este tema de Europa es constante en las enseñanzas de JUAN PABLO II, desde su alocución en la audiencia a la Oficina del Parlamento Europeo del 5 de abril de 1979. Ha insistido y profundizado en ella repetidamente: en la Abadía de Montecasino el 18 de mayo siguiente, donde recordó que Pío XII definió a San Benito como «Padre de Europa» y PAULO VI lo declaró celeste patrono de la misma; en su alocución a la Conferencia Episcopal Polaca, el 5 del siguiente junio, en el Santuario de Jasma Gora; en su homilía en la celebración eucarística del 20 del mismo mes en el IV Simposio de Obispos europeos, en la cual señaló la necesidad de una autoevangelización de Europa; en su homilía en la Jornada Mundial de la Paz, en la solemnidad de la Santa Madre de Dios, el 1 de enero de 1980; en la pronunciada con ocasión del XV Centenario del nacimiento de San Benito, el 23 de marzo del mismo año en Nursia, la ciudad natal del santo; en su despedida en el aeropuerto de Riem, el 19 de noviembre siguiente; en su alocución a los miembros del Círculo Roma, el 7 de febrero de 1981; a los peregrinos de Croacia y Eslovenia el 21 del siguiente marzo; en el Coloquio Internacional sobre las raíces cristianas comunes de los pueblos europeos, organizado por la Pontificia Universidad Leteranense y la Universidad Católica de Lublin el 6 de noviembre del mismo año; a los participantes en el Congreso sobre la crisis de Occidente y la misión espiritual de Europa, el 12 de noviembre siguiente; en su discurso a los participantes del V Simposio del Consejo de las Comunidades Episcopales Europeas, el 5 de octubre de 1982; el referido del siguiente mes en Santiago de Compostela; el dirigido a los participantes a un simposio sobre pastoral familiar, el 26 del mismo noviembre; en su alocución del 10 de septiembre de 1983, durante las «Vísperas europeas» en la Heldenplatz de Viena; en el Centro los Congresos en su discurso en esa misma ciudad del 12 del mismo mes a los científicos, artistas y periodistas; en su discurso a la Comunidad Económica Europea del 20 de mayo de 1985, en Bruselas; en su carta-encíclica *Slavorum Apostoli,* del 2 de junio siguiente; en su discurso en el Simposio del Congreso de las Conferencias Episcopales de Europa del

Fundación Speiro

11 de octubre del mismo año; en su mensaje a los Presidentes de dichas conferencias Episcopales de Europa del 2 de enero de 1986; en su alocución a los participantes del Congreso Polaco de Cultura en colaboración con el Pontificio Consejo para la Cultura, del 21 de abril de 1986; en su homilía en la misa celebrada en la Basílica de San Apolinar in Classe de Revena, el 11 de mayo de ese mismo año; en su discurso a los participantes en el coloquio celebrado en Roma con ocasión del 40 aniversario de la fundación de la revista «Znak», el 19 de junio; en su alocución dominical desde la cumbre del Mont Blanc, de 7 de septiembre, durante su visita pastoral a Aosta; en su discurso a los representantes del mundo de la cultura en el salón «Cinquecento» del Palacio «Vechio», de Florencia, del 18 de octubre último.

2. Pero, ¿qué es Europa?

Recuerdo muy bien cuando, con ocasión de bisar en el Colegio de Abogados de Jerez de la Frontera —invitado por su entonces Decano, nuestro amigo Sixto de la Calle— mi conferencia *La crisis del Derecho* —que semanas antes había expuesto en el Colegio de Abogados de Madrid—, gocé en el cortijo de José María Pemán de una gratísima y prolongada sobremesa, en la cual, al incorporarse a ella Francisco Elías de Tejada, asistí a una discusión entre ambos acerca de Europa. No pudieron ponerse de acuerdo. Aplicaban conceptos distintos a la misma palabra. A Pemán el nombre de Europa le evocaba a Constantino, Carlomagno, el Sacro Romano Imperio, la Cristiandad medieval. A Elías de Tejada: Erasmo, Lutero, Calvino, Zwinglio, la Ilustración, los enciclopedistas, la Revolución francesa.

Y en otra perspectiva, pienso también en la famosa frase —al parecer de Alejandro Dumas (*)—: «El Africa empieza

(*) Me acuerdo, también, de haber leído casi de niño —y lo he repasado— en un viejo número de *La hormiga de oro,* de 1981, que Alejandro Dumas pronunció, al regresar a Francia, después de su viaje a España formando parte del séquito del duque de Montpensier, en 1846, cuando éste fue a Sevilla a contraer matrimonio con la infanta María Luisa

Fundación Speiro

en los Pirineos». Expresión despectiva, que tantos compatriotas nuestros han sentido como añoranza del liberalimo, el laicismo y la tecnocratización que, para ellos, significaba un hecho diferencial entre Europa y España. Y, sin embargo, en este laicismo y en ese utilitarismo operativo y funcional, economicista, hallaba nuestro maestro y amigo, el profesor MICHELE FEDERICO SCIACCA, la mala nota del actual occidentalismo, como corrupción de la civilización occidental, en la cual el cristianismo católico había fundido y unificado, dándoles sentido nuevo, dentro de la verdad hebraico-cristiana, a los elementos esenciales del mundo clásico —pensamiento filosófico griego y experiencia jurídica romana— y del mundo germánico —especialmente la idea de la fidelidad—, en una concepción cristiana de la vida (véase «L'ora de Christo», cap. III, 3, págs. 93 y sigs., y «El laicismo, crisis de fe y de razón», en *Verbo,* núm. 150, pág. 1.345, o en «La sociedad a la deriva», pág. 226).

La corrupción occidentalista —explicaba SCIACCA— explotó con la ruptura que, en el siglo XVIII, se produjo entre el *Regnum Dei* y el *regnum hominis,* laicista, racionalista y materialista (*La Chiesa e la civiltà moderna,* parte I, cap. II, 1, págs. 47 y sigs.) y no ha hecho más que ahondarse y radicalizarse hoy, cuando la Europa, antes unida por una fe, trata de reunirse en un mercado común.

Pero, acaso esta Europa que ha perdido, o por lo menos tiene gravemente enfermas, sus genuinas raíces, ¿merece perder este nombre? ¿Lo ha contaminado y manchado con los tintes de su materialismo y de su economicismo laicista y antimetafísico?

Fernanda. El autor de *El Conde de Montecristo* asistió, con esta ocasión, a una corrida de toros, vestido de macareno y, al no sentar bien a su cabeza el sombrero sevillano, en su lugar se puso uno de copa alta de rigurosa etiqueta, causando un efecto tan detonante y divertido al público. DUMAS, ante los sucesivos gritos coreados: «*El de la castora..., que se lo ponga..., que se lo ponga...*», «*El de la castora..., que se lo quite..., que se lo quite...*», tuvo que pasarse toda la corrida poniéndoselo y quitándoselo, hasta que, cansado su brazo, necesitó que un criado se lo fuera quitando y poniendo al compás de los gritos del regocijado público taurino de Sevilla.

Fundación Speiro

En caso de contestar afirmativamente la primera de estas dos preguntas, tal vez algunos entenderían esa respuesta como una propuesta de retorno al régimen de la *Cristiandad medieval,* a la *Europa de la Catedral y la Cruzada,* de la que ha escrito DANIEL ROPS; a la que, en palabras de PIERRE CHAUNU (*De l'histoire a la prospective,* I parte, cap. III, pág. 50): «fundó las relaciones interhumanas», «a la sombra de las catedrales y de las ciento cincuenta mil modestas iglesias rurales, bastante más significativas»; la que forjó el régimen sociopolítico que MONTESQUIEU denominó *gobierno gótico,* respecto al cual, dijo, no creía «que haya existido sobre la tierra gobierno tan bien temperado como lo fue en cada parte de Europa en el tiempo en que subsistió» (*De l'esprit des lois,* XI, XIII, *in fine*), «produciéndose un acontecimiento ocurrido una vez en el mundo y que tal vez no volverá jamás a producirse» (*ibíd.,* XX, I, 1); la Europa de la que ha escrito CHRISTOPHER DAWSON (*Los orígenes de Europa,* conclusión), que, dada la confluencia de sus diversos elementos, «con el siglo XI comienza un movimiento de progreso que iba a continuar casi sin lagunas hasta los tiempos modernos», aportando «nuevas formas de vida en cada uno de los campos de la actividad social, en el comercio, en la vida urbana y política, en la religión y en las letras», en suma, «una nueva civilización».

Nuestro inolvidable amigo FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA, en su comunicación «La cristiandad medieval y la crisis de sus instituciones» (cfr., en *Verbo,* núm. 103, págs. 243-280), nos ilustró del aspecto arquitectónico, pero vivo, de esa construcción político-religiosa y de su quiebra por la crisis del Imperio, a mediados del siglo XIII, y con el Cisma de Occidente, en el recodo del 1400; no sólo por las luchas entre el Papado y el Imperio, sino también por las divisiones internas en cada uno, cumpliéndose las palabras de nuestro Señor Jesucristo, en *Mateo,* XII, 25, y *Lucas,* XI, 17: «Todo reino dividido contra sí mismo quedará arruinado y toda ciudad o cosa dividida contra sí misma no podrá subsistir».

Después vinieron las crisis más profundas —afectantes a las propias raíces— de la Reforma protestante, de la Ilustración,

Fundación Speiro

de las revoluciones francesa y marxista, y, dentro de la misma Iglesia católica, las de los denominados «modernismo», «progresismo religioso» y «teología de la liberación» —también originada en mentes europeas, aunque se haya desarrollado especialmente en Iberoamérica—.

3. En 1956, al concluir el VI y último volumen de su magna obra, *La formación de Europa* (conclusión general, V, página 573), escribía GONZAGUE DE REYNOLD:

«Los que han nacido antes de 1914 han visto a Europa cambiar cinco veces. De estrella que era, vedla ahora transformada en nebulosa.

»Tres hechos caracterizan la situación:

»El primero, es el avance del poder asiático hasta el corazón de nuestra península. ¿Habrá comenzado por Asia la absorción de Europa?

»La segunda es la sublevación contra Europa de todos los pueblos y de todas las razas que hasta una fecha reciente estaban colonizadas o dominadas. ¿Habrá comenzado la borradura de Europa?

»El tercero es la crueldad del mundo actual, su capacidad de hacer sufrir a los hombres y de exterminar a los pueblos. ¿Habrá comenzado la vuelta a la barbarie?

»A Europa ya no le queda más que una probabilidad de salvarse: unirse. Si la dejase escapar, entonces volvería a sus orígenes: descendería al rango de una colonia de pueblos poco desarrollados, no sería más que una mera acepción geográfica.

»Si se une, si vuelve a sentir la conciencia de sí misma, de su alma cristiana, de su superioridad de civilización y, por consiguiente, de su misión civilizadora, es el mundo entero el que se salvará.

»El punto de partida de toda reconstrucción general es, pues, la reconstrucción de Europa».

Años después, pero antes de que SOLZHENITSYN alertara a Occidente (cfr. su discurso «Un mundo escindido», en *Verbo*, núm. 168, págs. 1.009 y sigs., y su libro *Alerta a Occidente*,

Fundación Speiro

Barcelona, Acervo, 1978), nuestro inolvidable maestro SCIACCA mostraría su pesimismo respecto de un Occidente corrupto por el occidentalismo, «cadáver sin enterrar»; y pensaba que, en otro lugar, deberían de nuevo encarnarse «*cultura* y *religión,* ciencia del hombre y Sapiencia de Dios», para realizar una nueva síntesis y lograr «en el interior y en armonía con el actual momento histórico, aquella unidad espiritual que Europa ha perdido, tal como fue realizado en el Medievo en armonía con aquel momento histórico» (*L'ora di Cristo,* cap. III, 3, pág. 101, 5, pág. 408, así como *Il magnifico oggi,* cap. XLIII, págs. 253 y sigs., y capítulo XLVI, págs. 275 y sigs.; cfr. nuestra comunicación, «Cristianismo y mundo moderno según el profesor SCIACCA, 11, en *Verbo,* núm. 201-202, págs. 60 y sigs.).

Poco más de un año hace que efectué un cotejo entre esa prospección de SCIACCA y la de nuestro amigo JORGE USCATESCU, en *Mort de l'Europe* (París, 1957) y *Aventura de la libertad* (Madrid, 1966). Señalé (¿La muerte de Europa en la aventura de la libertad?, en *Cultura y existencia humana. Homenaje al profesor Jorge Uscatescu,* Madrid, Reus, S. A., 1985, págs. 282 y sigs.) que «USCATESCU, al terminar su capítulo *Libertad y verdad,* ausculta que "en el mundo de la voluntad de poder, del imperio de las cosas y de la necesidad, el hombre sigue siendo el ser que busca. Y en ese camino de la búsqueda están necesariamente, acaso fruto de su angustia, de su propia tensión existencial, la libertad y la verdad esencialmente unidas"»; e hice notar que él no estaba solo en esta sana esperanza, pues hoy «entre los más negros nubarrones, el Papa JUAN PABLO II nos repite: ¡No tengáis miedo! ¡No temáis!». Y «anima a Europa a que retome sus verdaderas raíces, donde podrá hallar su renovación y el retorno a su fuerza espiritual».

4. Cuanto venimos contemplando nos muestra que el nombre de Europa significa algo que ocupa un lugar en el espacio geográfico de nuestro globo terráqueo y en la historia universal; y que, como todo cuanto vive en ella, tiene momentos de vitalidad, salud, grandeza, fertilidad, expansión y otros de enferme-

Fundación Speiro

dad (VITTORIO MATHIEU ha hablado de *Cancro in Occidente. La rovine del giacobinismo,* Milano, 1980; cfr. mi reseña de este libro en *Verbo,* núm. 201-202, págs. 192 y sigs.), de crisis, de dimisión, de egoísmo. No parece, pues, adecuado asociar su nombre como significativo sólo de sus momentos de negación del propio ser...

Pero, situemos primero a Europa.

En el primero de sus citados volúmenes, GONZAGUE DE REYNOLD, al comenzar la respuesta a su título *¿Qué es Europa?,* advierte que la geografía «es el terreno donde la historia echa sus raíces». Entrando ya en el examen de esa parte de la tierra donde Europa ha arraigado en la historia, concluye (lib. I, cap. I, III, *in fine,* pág. 30): «las dimensiones de Europa no son lo suficientemente grandes para constituir un continente: tanto desde el punto de vista de su superficie, como del número de sus habitantes, Europa no es más que una parte del continente asiático». Pero, pese a estas circunstancias, analiza (*ibid.,* IV, págs. 31 y siguientes) que «Europa carece de unidad», «de hecho hay dos Europas», separables aproximadamente, trazando una línea de Odesa a Danzig, de ellas: «La Europa europea, la Europa original y originaria, es la occidental». Y, a ésta, «la penetración de los mares en el interior de sus tierras, la distingue de todas las demás partes del mundo».

Al Mediterráneo debe Europa: «En primer lugar, su nombre, su descubrimiento y su colonización. Aún más: la civilización, la unidad imperial y la religión» ... «Por el humanismo griego, el imperialismo romano y el genio católico, Europa ha recibido del Mediterráneo el don de ser universal. Sin este mar interior no habría Europa».

Al Atlántico debe Europa su expansión exterior: «el descubrimiento, la colonización y la conquista del mundo» ... «el Atlántico ha hecho al mundo».

Sin embargo, esa península de Asia, históricamente, tiene imprecisos sus límites con Asia y con Africa, tanto como los de éstas entre sí. «El mundo árabe cabalga entre ambos continentes,

Fundación Speiro

del mismo modo que el mundo ruso se extiende a la vez sobre Europa y Asia» (*ibíd.*, II, pág. 28).

En suma, concluye (págs. 56 y sigs.): «Es el más pequeño de los continentes» ... «pero es el mejor emplazado: el centro, el foco del mundo» ... «el único que está hecho a medida del hombre». Lo «distinguimos con dificultad de Africa y Asia»; sin embargo, «ninguna otra parte del mundo tiene tanta fuerza distintiva ni tan marcado carácter».

Dividida e dos partes: «La Europa oriental no es más que una prolongación de Asia: es Eurasia. El único foco de civilización europea, la única Europa europea, es el Occidente», que está caracterizado:

— Por su «unidad en la variedad, equilibrio entre las fuerzas, moderación en los contrastes, matices en los extremos, personalidad de los componentes dentro de la personalidad del conjunto».

— Por ser «hija del mar: fue el mar quien la libertó de Asia. Recibió su civilización del Mediterráneo, y la difundió a través del Atlántico».

Pero para ello hizo falta que el hombre europeo, asentado en ese medio geográfico, estuviera a la altura de sus circunstancias históricas, en su cultura.

Creo que nada mejor, para explicarlo, que seguir el método de la antropología integral, en cuanto teocéntrica, que para conocer al hombre emplea JUAN PABLO II, y su perspectiva de la cultura.

II

LA CULTURA Y LA ENCARNACIÓN RELIGIOSA

5. ¿Qué es la cultura?

«La cultura —leemos en el *Diccionario de Filosofía* de JOSÉ FERRATER MORA— es el mundo propio del hombre, lo cual no significa que el hombre no viva también dentro de la naturaleza

Fundación Speiro

y dentro o bajo lo trascendente» ... «Cultura es, como dice SCHELER, humanización, pero esta humanización se refiere tanto al "proceso que nos hace hombres" como al hecho de que los productos culturales queden humanizados. La historia del hombre como historia de la cultura es así el proceso de la transformación del mundo y simultáneamente de la transformación del hombre».

JUAN PABLO II, en su alocución a los jóvenes en Guienzo (Polonia) el 3 de junio de 1979, lo expresó luminosamente:

«La *cultura* es la expresión del hombre, es la confirmación de la humanidad. El hombre la crea y, mediante ella, el hombre se crea a sí mismo. Se crea a sí mismo con el esfuerzo interior del espíritu, del pensamiento, de la voluntad, del corazón. Y, al mismo tiempo, crea la cultura en comunión con los otros. La cultura es la expresión del comunicar, del pensar juntos y del colaborar juntos de los hombres. Nace del servicio al bien común y se convierte en bien esencial de las comunidades humanas.

»La cultura es, sobre todo, *un bien común de la nación*».

«El hombre —dijo un año después, en París, ante la UNESCO, el 2 de junio de 1980—, es el *único sujeto óntico de la cultura;* es también *su único objeto y su término*. La cultura es aquello a través de lo cual el hombre, en cuanto hombre, se hace más hombre, "es" más, accede más al "ser"» ... «La cultura se sitúa siempre en relación esencial y necesaria a lo que el hombre es, mientras que la relación a lo que el hombre tiene, a su "tener", no sólo es secundaria, sino totalmente relativa».

Cuatro meses más tarde, en su encuentro con los hombres de la cultura en Río de Janeiro, del 1 de octubre, reiteraba: «La verdadera cultura es la humanización, mientras que la no cultura y las falsas culturas son deshumanizadoras. Por eso mismo, en la elección de la cultura, el hombre compromete su destino».

«La humanización —sigue explicando—, es decir, el desarrollo del hombre, se efectúa en todos los campos de la realidad en la que el hombre está situado y se sitúa: en su espiritualidad y corporeidad, en el universo, en la sociedad humana y divina. Se trata de un desarrollo armónico, en el cual todos los sectores de

Fundación Speiro

los que forma parte el hombre se enlazan unos con otros: la cultura no se refiere ni únicamente al espíritu, ni únicamente al cuerpo, y tampoco únicamente a la individualidad, ni a la sociabilidad o universalidad. La reducción *ad unum* da lugar siempre a culturas deshumanizadoras, en las cuales el hombre es espiritualizado o es materializado, es disociado o es despersonalizado. La cultura tiene como fin esencial promover el ser del hombre y proporcionarle los bienes necesarios para el desarrollo de su ser individual y social».

«La cultura, cultivo del hombre en todas sus facultades y expresiones, no es solamente promoción del pensamiento o de la acción, sino que es, también, formación de la conciencia. A causa de la educación imperfecta o nula de la conciencia, el puro conocimiento puede dar origen a un humanismo orgulloso puramente terrestre; la acción y el placer pueden originar seudoculturas de una productividad incontrolada, en beneficio del poderío nacional o del consumismo privado, que tienen como consecuencia funestos peligros de guerra y gravísimas crisis económicas.

»La promoción del conocimiento es indispensable, pero es insuficiente cuando no va acompañado por la cultura moral.

»La *cultura animi* debe promover juntamente la instrucción y la educación, debe instruir al hombre en el conocimiento de la realidad, pero al mismo tiempo educarlo para ser hombre en la totalidad de su ser y de sus relaciones. Ahora bien, el hombre no puede ser plenamente lo que es, no puede realizar totalmente su humanidad, si no vive la transcendencia de su propio ser sobre el mundo y su relación con Dios...».

No perdamos de vista que —conforme explicó el mismo Papa en su catequesis durante la audiencia general del miércoles 19 de noviembre de 1978— «el cristianismo es antropocéntrico y, al mismo tiempo es teocéntrico, gracias a su antropocentrismo singular». Por eso, su humanismo es teocéntrico y abarca lo humano en todas sus dimensiones.

En esa perspectiva plena de la cultura, el mismo JUAN PABLO II, en su discurso al Congreso Internacional *De anima in doctrina Sancti Thomae de hominis,* el día 4 de enero de 1986,

Fundación Speiro

precisaba: «Hoy en el mundo de la cultura es fuerte la exigencia de evitar una antropología "dualilsta" que contrapone alma y cuerpo de una forma casi hostil». Como enseñó el Concilio *Lateranense IV* y reflejó SANTO TOMÁS (*S. Th.*, 1, 75, *prae*), la naturaleza del hombre es *quasi communem ex spiritu et corpore constitutam;* y, aunque, por ello, se considere al hombre *essentia composita* (*S. Th.*, 1, 16, 1), *substantia composita* (*Cont. Gen.*, III, c. 68), «su ser es solamente uno: *Unum esse substantiae intellectualis et materiae corporalis* (ib.), *Unum esse formae et materiae* (ib.), donde el alma es *la forma* y el cuerpo, *la materia*».

6. De ahí la necesidad de que la fe encarne en la cultura, como el mismo Papa explicó el 3 de noviembre de 1984, en su discurso a los profesores y alumnos de la Universidad de Pavía: «La historia misma de las universidades, tal como surgieron en el Medievo, y se desarrollaron en la Edad Moderna, es testigo de la estrecha urdimbre entre fe y cultura, que también hoy exige una nueva clara y sólida configuración. En efecto, las dos matrices se inspiran, aunque con óptica diversa, en el estudio del hombre, de sus diversas capacidades que, si bien son justamente canalizadas, enriquecen al hombre mismo. No hay competencia entre la ciencia y la fe por lo que respecta al hombre: más bien existe complementariedad, ya que la ciencia, por sí sola, no consigue satisfacer la exigencia de absoluto que no se puede suprimir del corazón del hombre. Una ciencia, no desvinculada ni enemiga de la fe, ayudará al hombre a salir de la maraña de sus problemas, a encontrar soluciones que lo liberen de la esclavitud del pecado y del egoísmo y le abran a la esperanza, que se apoya en Dios, creador de todo don perfecto».

Por eso, la Iglesia se ha preocupado siempre de evangelizar encarnando el Evagelio en las culturas. «Es preciso, pues —dijo JUAN PABLO II el 13 de septiembre de 1985, en su alocución a los intelectuales y universitarios, en el Palacio de Congresos de Yaundé—, realizar un *esfuerzo incansable de inculturación* para lograr que la fe no sea superficial. Pero, tampoco hay que olvidarlo, el mensaje evangélico no viene sólo a consolidar lo humano tal cual: también desempeña *un papel profético y crítico*».

Fundación Speiro

Desde los comienzos se planteó la Iglesia el problema de la cultura en relación con la fe —explicó el 15 de diciembre de 1983 a los hombres de la cultura con ocasión del Jubileo de la Redención—, «tanto en el ambiente judaico, orgulloso de los grandes prodigios y signos realizados por Dios con el pueblo elegido, como también en el helenista, acostumbrado desde siglos a las sutilezas de la lógica y de la filosofía»; y, después, a lo largo de los siglos, en ambientes "culturales" diversos y lejanos en el espacio». Planteándose, ya al principio de la patrística, e imponiéndose en el siglo II la concepción de San Justino, «abierta y respetuosa con la cultura humana», que ve innata la semilla del Verbo en todo el género humano.

7. Esta encarnación de fe religiosa y cultura, que arraiga en primer lugar en la familia, «primera y fundamental comunidad humana», de la que depende la vida de toda sociedad, nación y Estado (alocución a los peregrinos en torno a la Virgen Negra el 5 de junio de 1979); primer nivel de la vida humana (homilía en la misa del mismo día a los peregrinos de la Baja Silesia y Silesia de Opola), «situada en el centro mismo del bien común en sus varias dimensiones» (catequesis en la audiencia del 3 de enero de 1979), iglesia doméstica (*Lumen gentium*), crisol educativo, puesto que en ella se da la primera transmisión de la cultura (discurso de 26 de enero de 1979 a los participantes a un simposio de pastoral familiar en Europa) y que forma la *cultura popular*, «o sea, aquel conjunto de principios y valores que constituyen el *ethos* de un pueblo, la fuerza que lo unifica en profundidad y que la experiencia histórica ha hecho madurar quizás con el duro precio de grandes dolores colectivos, constituyendo un fundamento común, antes y más allá de las diversas orientaciones ideológicas y políticas». Con estas últimas palabras se expresó JUAN PABLO II, en alocución a los obispos de Lombardía, en su visita *ad Limina Apostolorum* del 15 de febrero de 1982, y les añadía: «Una tal *cultura popular* es, en su mayor parte, dentro de vuestra región, obra de la fe cristiana y de la educación impartida durante siglos por la Iglesia» y constituye «el patrimonio cultural de nuestras regiones», existiendo «una evidente

Fundación Speiro

correlación entre cultura popular y fe del pueblo», que hace preciso «respetar la contextura cristiana de este patrimonio, su carácter permanente y siempre actual, más allá de las vicisitudes de la historia».

Los niveles de la vida humana y de su cultura van ascendiendo hacia la nación en unidad de amor, necesariamente, «*si quiere constituir una unidad indisoluble*», «tendente a construir la justa unidad entre los hijos de la misma patria», en un esfuerzo acompañado «del amor hacia esa patria, amor hacia su cultura y su historia, amor hacia sus valores específicos, que deciden sobre su posición en la gran familia de las naciones; amor, en fin, hacia los connacionales, hombres que hablan la misma lengua y son responsables en la causa común que se llama patria», como expuso en su citada homilía a los peregrinos de la Baja Silesia y la Silesia de Opole.

La Iglesia —dijo en su saludo a la comunidad polaca, en la Karlsplatz de Viena, el 12 de septiembre de 1983— «no es sólo comunidad de personas individuales unidas por modos de pensar, valores, experiencias, fe, tradición, civilización, es decir, cultura en su significado más amplio. Esta síntesis la hacen los individuos, pero también el espíritu de la nación configura de alguna manera a cada hombre y forma a generaciones enteras. La nación es fuerza e impulso que crea sin cesar valores nuevos, plasma la imagen de la vida en la patria y en la familia humana, constituye el futuro».

Pero la encarnación religiosa en la cultura no se ha producido ni produce de igual modo ni con la misma intensidad y con igual pureza en todas las familias, pueblos, regiones y naciones civilizadas.

Hay naciones que tienen o han tenido una especial alianza con la Divina Sabiduría Eterna que, sin embargo, puede perderse y de hecho algunas la han perdido. Su retorno sólo podrá producirse con una nueva evangelización (como ha comentado el P. ANDRÉ-VINCENT, O. P. (*La doctrine sociale de Jean Paul II*, París, Ed. France Empire, 1983, cap. II, pág. 28, comentando el discurso del Papa, de 1980, en Le Bourget).

Fundación Speiro

Así, el propio JUAN PABLO II —en su citado saludo en la Karlsplatz de Viena— señaló que el Dios omnipotente, el Dios de la historia, de los hombres y de las naciones ha elegido a algunas «por *heredad suya* y las ha salvado de pruebas y experiencias incluso inmortales», recordando y rindiendo homenaje al rey Juan III Sobieski, «porque defendió a la patria amenazada por el enemigo y se esforzó por defender a Europa, a la Iglesia y a la cultura cristiana cuando éstas se encontraban ante un peligro de muerte».

Semejante ha sido también la misión histórica de España (cfr. el cap. IV, *El sentido religioso de nuestra historia,* del libro de RAFAEL GAMBRA, *La unidad religiosa y el derrotismo católico,* Premio Vedruna 1965, Sevilla, Ed. Católica Española, 1965, págs. 70 y sigs.). JUAN PABLO II en su saludo a los reyes, a las autoridades, a la Iglesia y al pueblo en el aeropuerto de Barajas el 7 de noviembre de 1982 —después de recordar de nuestra España: «que fue conquistada para la fe por afán misionero de los siete varones apostólicos; que propició la conversión a la fe de los pueblos visigodos de Toledo; que fue la gran meta de las peregrinaciones europeas a Santiago; que vivió la empresa de la Reconquista; que descubrió y evangelizó América; que iluminó la ciencia desde Alcalá y Salamanca y la teología en Trento»»—, declaraba: «Vengo atraído por una historia admirable de fidelidad a la Iglesia y de servicio a la misma, escrita en empresas apostólicas y en tantas grandes figuras que renovaron esa Iglesia, fortalecieron su fe, la defendieron en momentos difíciles y le dieron nuevos hijos en enteros continentes». España, nación de naciones, forjó su unidad nacional en la tarea común de la cruzada de la Reconquista frente al Islam y en la extensión de la Cristiandad por ultramar. Tanto que, como ha dejado escrito MENÉNDEZ Y PELAYO, en el epílogo de su *Historia de los heterodoxos españoles:* «Sólo por la unidad de creencia adquiere un pueblo vida propia y conciencia de su fuerza unánime» ... «Esta unidad se la dio a España el Cristianismo» ... «España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio..., esa es nuestra

Fundación Speiro

grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los Arevacos y de los Vectones, o de los reyes de Taifas».

¿Y Europa? ¿Qué significa en ella el cristianismo? ¿Cuál ha sido su misión y su grandeza? ¿Cuáles las causas de su crisis? ¿Cuál es su camino y su futuro?

Volvemos a enlazar con el final del epígrafe I, 4, para examinar esto, a continuación, a la luz de las enseñanzas de JUAN PABLO II.

III

EL CRISTIANISMO Y LA FORMACIÓN CULTURAL DE EUROPA

8. «*La Iglesia y Europa* —dijo en su discurso a los participantes en el V Simposio del Consejo de las Comunidades Episcopales Europeas—. Son dos realidades íntimamente unidas en su ser y en su destino. Han realizado juntas un recorrido de siglos y permanecen marcadas por la misma historia. Europa fue bautizada por el cristianismo; y las naciones europeas, en su diversidad, han dado cuerpo a la existencia cristiana. En su encuentro se han enriquecido mutuamente con valores que no sólo han venido a ser el alma de la civilización europea, sino también patrimonio de toda la humanidad. Si en el curso de crisis sucesivas la cultura europea ha intentado tomar sus distancias de la fe y de la Iglesia, eso que entonces fue proclamado como un deseo de emancipación y de autonomía, era en realidad una crisis interior en la misma conciencia europea, puesta a prueba y tentada en su identidad profunda, en sus opciones fundamentales y en su destino histórico».

Pero, ¿cómo entiende que nace esto que se ha llamado Europa y se produce su unión «en su ser y su destino» a la Iglesia?

«El africano San Agustín, obispo de Hipona, vibraba de entusiasmo por Roma "caput gentium»; y cuando los soldados de Alarico la invadieron y saquearon en el 410, meditando él so-

Fundación Speiro

bre el plan providencial de Dios, afirmaba que estaba a punto de desaparecer la Roma pagana para dar lugar a la Roma cristiana; y lleno de admiración por las viejas virtudes éticas de los romanos que habían conseguido crear un imperio glorioso, invitaba a los cristianos a seguir su ejemplo...».

Este fue el «trabajo gigantesco» que comenzó San Benito y del que nació Europa, como JUAN PABLO II explica en su homilía de la solemnidad de la Santa Madre de Dios en la Jornada mundial de la Paz, el 1 de enero de 1980: «Efectivamente, en cierto sentido, Europa nació después del período del gran imperio romano. Al nacer de sus estructuras culturales, ha sacado de nuevo, gracias al espíritu benedictino de ese patrimonio y ha encarnado en la herencia de la cultura europea y universal todo lo que de otro modo se hubiera perdido» ... «De ese modo San Benito, que vivió al fin de la antigüedad, hace de salvaguardia de esa herencia que la antigüedad ha transmitido al hombre europeo y a la humanidad. Simultáneamente está en el umbral de los tiempos nuevos, en los albores de esa Europa que nacía entonces, del crisol de las migraciones de nuevos pueblos. El abraza con su espíritu también a la Europa del futuro. No sólo en el silencio de las bibliotecas benedictinas y en los "scriptoria" nacen y se conservan las obras de la cultura espiritual, sino en torno a las abadías se forman también los centros activos del trabajo, en especial el de los campos; así se desarrollan el ingenio y la capacidad humana, que constituyen la levadura del gran proceso de la civilización».

«Benito —dijo JUAN PABLO II en el acto europeísta celebrado en la Catedral de Santiago de Compostela el 9 de noviembre de 1982— supo aunar la romanidad con el Evangelio, el sentido de la universalidad y del derecho con el valor de Dios y de la persona humana. Con su conocida frase: *ora et labora* —reza y trabaja—, nos ha dejado una regla, válida aún hoy, para el equilibrio de la persona y de la sociedad, amenazadas por el prevalecer del tener sobre el ser».

Partiendo, como San Benito, de la «afirmación de las exigencias superiores del hombre», —explicaría el 17 de mayo de

Fundación Speiro

1981 a los peregrinos de Croacia y Eslovenia—, «actuaron en la historia y en la cultura de los pueblos eslavos, hacia mediados del siglo IX, los dos grandes hermanos Cirilo y Metodio, procedentes de Oriente. Ellos, formados en Constantinopla, aportaron la contribución de la antigua cultura griega y de la tradición de la Iglesia oriental, la cual, de esa manera, se introdujo profundamente en la formación religiosa y civil de pueblos que han colaborado de manera relevante en la construcción de la Europa moderna.

»Cirilo y Metodio, como Benito, testigos de diferentes culturas que en ellos idealmente se encuentran e integran, fundaron su obra civilizadora sobre el anuncio del Evangelio y de los valores que emanan de él. Este idéntico anuncio ha sido instrumento de recíproco conocimiento y de unión entre los diferentes pueblos de Europa, asegurándole un patrimonio espiritual y cultural común».

De la obra de los santos Cirilo y Metodio se ha ocupado especialmente JUAN PABLO II en su carta-encíclica *Slavorum Apostoli*.

«Los hermanos de Salónica —dice— eran herederos no sólo de la fe, sino también de la cultura de la antigua Grecia, continuada por Bizancio. Todos saben la importancia que esta herencia tiene para toda la cultura europea y, directa o indirectamente, para la cultura universal. En la obra de evangelización que ellos llevaron a cabo, como pioneros en los territorios habitados por los pueblos eslavos, está contenido, al mismo tiempo, un modelo de lo que hoy el nombre de "inculturación" —encarnación del Evangelio en las culturas autóctonas— y, a la vez, la introducción de éstas en la vida de la Iglesia» (n. 21).

«Su obra constituye una contribución eminente para la formación de las comunes raíces cristianas de Europa; raíces que, por su solidez y vitalidad, constituyen uno de los más firmes puntos de referencia del que no puede prescindir todo intento serio por recomponer de modo nuevo y actual la unidad del continente» (n. 26).

«Cirilo y Metodio son como los eslabones de unión, o como

Fundación Speiro

un puente espiritual, entre la tradición oriental y la occidental, que concluye en la única gran tradición de la Iglesia universal. Para nosotros son paladines y a la vez patronos en el esfuerzo ecuménico de las Iglesias hermanas de Oriente y Occidente para volver a encontrar, mediante el diálogo y la oración, la unidad visible en la comunión perfecta y total» (n. 27).

Y en fecha muy reciente, el 18 de octubre último, en Francia, insistía ante los representantes del mundo de la cultura.

«... no puedo eximirme —ante representación tan elegida y tan numerosa del máximo organismo de la Comunidad Europea— de recordar una vez más las raíces cristianas de Europa, a las que la Sede Apostólica no ha dejado de hacer referencia para valorar la conciencia de la matriz común; ni de subrayar el esfuerzo por conservar esa fisonomía, que ha impregnado profundamente las formas de la vida pública, de la cultura, del arte, de la literatura en Europa.

»Me basta recordar, por lo demás, como símbolo y prenda de esta continuidad espiritual, la proclamación de San Benito y de los Santos hermanos Cirilo y Metodio como Patrones de Europa; y confío una vez más a aquellos grandísimos genios de fe y de cultura, a aquellos poderosos intercesores en la Iglesia de Dios, la suerte futura de nuestro antiguo continente, que tanto tiene todavía que decir y dar a la humanidad de hoy.

»Y, al igual que desde Santiago de Compostela en el año 1982, todavía hoy desde Florencia, grito a Europa: "Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes..., Tú puedes ser todavía faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo"»

9. El cristianismo no sólo creó el ser de Europa sino que la defendió y definió constitutivamente, según sigue explicando JUAN PABLO II.

«La historia de la formación de las naciones europeas —diría también en la catedral compostelana— va a la par con su evan-

Fundación Speiro

lización; hasta el punto de que las fronteras europeas coinciden con las de la penetración del Evangelio. Después de veinte siglos de historia, no obstante los conflictos sangrientos que han enfrentado a los pueblos de Europa, y a pesar de las crisis espirituales que han marcado la vida del continente —hasta poner a la conciencia de nuestro tiempo graves interrogantes sobre su suerte futura— se debe afirmar que la identidad europea es incomprensible sin el cristianismo, y que precisamente en él se hallan aquellas raíces comunes, de las que ha madurado la civilización del continente, su cultura, su dinamismo, su actividad, su capacidad de expansión constructiva también en los demás continentes; en una palabra, todo lo que constituye su gloria.

»Y todavía en nuestros días, el alma de Europa permanece unida porque, además de su origen común, tiene idénticos valores cristianos, como son los de la dignidad de la persona humana, del profundo sentimiento de justicia y libertad, de laboriosidad, de espíritu de iniciativa, de amor a la familia, de respeto a la vida, de tolerancia y de deseo de cooperación y de paz, que son notas que la caracterizan».

a) *El cristianismo supo defender Europa,* en España, en el Mediterráneo, en Polonia, en Austria. Los nombres de los reyes San Fernando, San Luis, San Estanislao, de Juan Sobieski, son evocadores.

El del rey de Polonia lo recordó JUAN PABLO II en el Santuario de Jasna Gora el 3 de junio de 1979: «Es difícil considerar nuestro gran jubileo del 900 aniversario de la muerte de San Estanislao, prescindiendo del contexto europeo. Así como es difícil considerar y vivir el milenio del bautismo de Polonia sin referirse a ese contexto. Hoy día, dicho contexto se ha extendido más allá de Europa, sobre todo porque los hijos y las hijas de tantas naciones europeas —entre ellos también los polacos— han poblado y formado la vida social de otros continentes. Sin embargo, el contexto europeo está aquí indudablemente en las mismas bases. Ya las mencionadas analogías de la causa de San Estanislao con las de otras naciones y Estados del mismo período

Fundación Speiro

histórico, demuestran claramente que la Polonia del siglo XI formaba parte de Europa y participaba en sus problemas, tanto en la vida de la Iglesia como en la de las comunidades políticas de aquel tiempo».

Al rey Juan III Sobieski lo evocó en la Karlplatz, al conmemorar el 300 aniversario de la batalla de Viena, el 12 de septiembre de 1983: «Aquí, en Viena, queremos rendir homenaje al rey Juan III Sobieski, porque defendió a la patria amenazada por el enemigo y se esforzó por defender a Europa, a la Iglesia y a la cultura cristiana, cuando éstas se encontraban ante un peligro de muerte. Queremos dar gracias a Dios por la victoria obtenida hace 300 años, aproximadamente. Recordamos a los ejércitos a las órdenes del rey, sobre todo a nuestros compatriotas, que con la caballería combatieron en Viena. Recordamos y rendimos honor al sacrificio y valentía con que vinieron; por medio de ellos venció Dios. Les ilumina la luz secular, y la misma luz de Dios ilumine nuestros caminos, los caminos de las generaciones contemporáneas de hermanos y hermanas nuestros de la patria y de toda la tierra. Conduzca esta luz a la victoria de las razones buenas, de la causa justa, del bien, de la verdad, el amor y la solidaridad humana interpersonal e internacional».

b) *El cristianismo unió cultural y religiosamente Europa.*

«Este continente —expuso JUAN PABLO II en Bruselas en su discurso a las Comunidades Económicas Europeas el 20 de mayo de 1985— ha sido siempre lugar de encuentros, una vasta encrucijada donde los pueblos se han desplazado, suplantado o aliado. Desde el momento en que el imperio romano configura por primera vez a Europa extendiéndose desde la cuenca del Mediterráneo, la unidad que ella conoce durante algún tiempo es fruto de la fusión de corrientes griegas y latinas, asociadas pronto con los antiguos pueblos, de occidente a oriente. Después, y al precio de muchas rivalidades y conflictos, las entidades políticas ven cambiar continuamente sus zonas de influencia, especialmente con la llegada de pueblos diferentes, en el curso de lo que bien puede todavía llamarse "invasiones". El cristianismo nece-

Fundación Speiro

sitará siglos para acercarse a los diversos pueblos y contribuir en profundidad a que elementos tan dispares compartan la cohesión de una inspiración común, en la complementariedad de Roma y de Bizancio. Fue así como apareció una cierta unidad de civilización a favor de intensas corrientes de intercambio. Podemos recordar la acción fecunda de los discípulos de San Benito, de los de mi predecesor PABLO VI, que decían que llevaban al mismo tiempo "la cruz, el libro y el arado" (breve *Pacis nuntius*, 24 de octubre de 1964)».

Todavía somos «herederos de esos largos siglos en los que se formó en Europa una civilización inspirada en el cristianismo» ... «príncipes y mercaderes, peregrinos y sabios, artistas y hombres de espiritualidad recorren los caminos; son los agentes y los testigos de un impresionante desarrollo de la inteligencia especulativa y práctica, y de empujes espirituales que reavivan el sentido evangélico de la pobreza, de la apertura a los demás, de la esperanza. En el período medieval, en una cierta cohesión de todo el continente, Europa construye una brillante civilización de la que quedan muchas conquistas. Esto no impide las perversiones de los valores que el hombre querría defender y la falta de armonía en una cultura ebria de sus conquistas».

«Nuestros antepasados, sin embargo, abrieron también caminos hacia otras tierras habitadas. Impelidos por el deseo de conocer este mundo confiado al hombre, y habiendo progresado en las técnicas, parten hacia el descubrimiento de continentes nuevos para ellos. ¡Sorprendente aventura! Van a implantar la cruz, a hacer compartir la esperanza cristiana, a difundir su progreso intelectual y técnico. Pero también son conquistadores, van a implantar su cultura, hacen suyas las riquezas de otros grupos étnicos, cuyas propias tradiciones desprecian a menudo, y con frecuencia los someten cruelmente a su poder. De este modo, la relación de los europeos con los hombres de otros continentes es ambigua: llevaron consigo a otros lugares tanto su genio como sus debilidades, su generosidad con su afán de poder y de riquezas, su capacidad de progreso humano y de fe, así como sus excesos y sus defectos».

Fundación Speiro

c) La *unidad cultural europea* la pondría de relieve durante las Vísperas Europeas en la Heldenplatz de Viena el 10 de septiembre de 1983: «La unidad cultural del continente europeo —real a pesar de las persistentes crisis y tensiones— no se entiende sin el contenido del mensaje cristiano. Este mensaje —fundido de forma magnífica con el espíritu antiguo— constituye una herencia común a la cual debe Europa su riqueza y su fuerza, la prosperidad floreciente del arte y la ciencia, la formación y la investigación, la filosofía y la cultura del espíritu dentro de la herencia de la fe cristiana; la cultura europea se ha visto impregnada de modo muy especial por la imagen cristiana del hombre. El convencimiento de la semejanza divina del hombre y de su condición de redimido por Cristo, el Hijo del hombre, ha otorgado un fundamento histórico-salvífico al aprecio y la dignidad de la persona humana, al respeto de su derecho a un desarrollo libre en el marco de la solidaridad humana».

«La historia de Europa —dijo JUAN PABLO II en el simposio sobre pastoral familiar en Europa el 26 de noviembre de 1982— muestra cómo en diversos momentos hubo instituciones creadoras de cultura y de civilización, en una síntesis fecunda de cristianismo y humanismo. Basta pensar en el papel de los monasterios benedictinos y en las universidades que surgieron por toda Europa, desde París a Oxford, desde Bolonia a Cracovia, desde Praga a Salamanca. La institución familiar, ya que está llamada en el proyecto salvífico de Dios a ser la institución educativa original y primera, debe reforzar siempre su presencia en estas instituciones creadoras de *verdadera cultura*».

Y en su alocución dominical del 7 de septiembre del año de 1986, desde la cumbre del Mont Blanc, insistía:

«Se trata de una unidad que tiene sus raíces en el patrimonio común de valores de los que viven las distintas culturas nacionales. Y el núcleo esencial de ese patrimonio lo constituyen las verdades de la fe cristiana. Una mirada retrospectiva a la historia de la formación de las naciones europeas revela el papel decisivo que han tenido en cada una de ellas la progresiva inculturación del Evangelio.

Fundación Speiro

»Por esta razón, sobre la base de ese núcleo esencial de valores humanos y cristianos, Europa puede intentar reconstruir una unidad renovada, más sólida, reconquistando así el lugar significativo que le corresponde en el camino de la humanidad hacia metas de auténtica civilización».

Notemos la compatibilidad de la universalidad de la cultura con el hecho de existir una cultura europea, una cultura de cada país, culturas regionales y locales. Así expresaba JUAN PABLO II —en el Palacio de los Congresos de Saunde, el 13 de agosto de 1985— la *universalidad* de la cultura y su compatibilidad con la *cultura original* propia de cada país, «asimilida como una dimensión fúndamental de la existencia y del ser». Y en su coloquio del 19 de junio de este año de 1986, con ocasión del 40 aniversario de la revista polaca *Znak,* decía a sus participantes: «Habéis lanzado así un puente entre el pasado y el presente con el fin de contemplar mejor el futuro. Los Santos Cirilo y Metodio nos ayuden a comprender la pluralidad y la unidad, es decir, el derecho a la diferencia y la unidad esencial de la Iglesia y de Europa. Actualmente buscamos raíces cristianas de Europa, así como los caminos de su evangelización, de una nueva evangelización. Buscamos también los medios para construir o recomponer su unidad a pesar de las divisiones religiosas, culturales y políticas».

El cristianismo va ligado a la historia de la ciencia y el arte en Europa —como recordaría en el Centro de los Congresos de Viena el 12 de septiembre de 1983—: «en Europa, en general, la *historia de la ciencia y el arte se halla ligada de formas muy diversas con la historia* de la fe y de la Iglesia. Esos lazos se han visto disturbados y han sido casi destruidos a veces por algunos conflictos. Pero éstos no tendrían que conducirnos a cerrar los ojos ante tantos resultados felices, conseguidos mediante el esfuerzo común, ni deben ser un obstáculo cara a un nuevo diálogo entre la ciencia y el arte y la Iglesia en bien del hombre».

Fundación Speiro

IV

Cómo se constituyó entitativamente Europa

10. Esa formación cultural de Europa, por el fermento del cristianismo, le infunde una peculiar unidad constitutiva de su ser y de su salud sociopolítica, de cuyo olvido vienen los males que ha padecido, padece y le amenazan.

El sentido de la libertad —en la verdad y el bien— del hombre en sus dimensiones personal y social, que comportan la solidaridad y la subsidiariedad como principios rectores, son los focos de su verdadera unidad.

Juan Pablo II en la perspectiva del cisma que separa las Iglesias de Oriente y Occidente, advetía en su discurso a los representantes de las Iglesias orientales y del mundo de la cultura, en la Basílica de San Nicolás de Bari, el 26 de febrero de 1984: «La unidad es el fruto maduro del Espíritu; es la forma que sólo el amor puede dar a la vida; no es absorción ni siquiera fusión» ... «El único camino transitable pasa por la dilatación de la mente y del corazón, que presupone todo encuentro». Y lo ha repetido en la encíclica *Slavorum apostoli* (n. 18), unión «"no es absoción ni siquiera fusión". La unidad es el encuentro en la verdad y en el amor que nos han sido dados por el Espíritu».

La misma encíclica va explicando el ejemplo de los santos Cirilo y Metodio en el terreno religioso y cultural.

En el primer aspecto ambos santos: «Habían iniciado su misión por mandato de Constantinopla, ellos buscaron, en un cierto sentido, que la misma fuese confirmada dirigiéndose a la Sede Apostólica de Roma, centro visible de la unidad de la Iglesia. De este modo, movidos por el sentido de su universalidad, edificaron la Iglesia como Iglesia, una, santa, católica y apostólica. Esto se deduce, de la forma más transparente y explícita, de todo su comportamiento» ... «La convicción de los santos hermanos de Salónica, según los cuales la Iglesia local está llamada a enriquecer con sus propios dones el "pleroma" católico, estaba en

Fundación Speiro

perfecta armonía con su institución evangélica de que las diferentes condiciones de vida de cada Iglesia cristiana nunca puede justificar desacuerdos, discordias, rupturas en la profesión de la única fe y en la práctica de la caridad» (n. 13).

«La Iglesia es también católica porque sabe presentar en cada contexto humano la verdad revelada, custodiada intacta por ella en su contenido divino, de manera que se haga accesible a los modos de pensar elevados y a las justas aspiraciones de cada hombre y de cada pueblo. Por otra parte, todo el patrimonio de bien, que cada generación transmite a la posteridad junto con el don inestimable de la vida, constituye como una variopinta e inmensa cantidad de teselas que componen el vivo mosaico del Pantocrátor, el cual se manifestará en su total esplendor sólo en la parusía.

»El Evangelio no lleva al empobrecimiento o desaparición de todo lo que cada hombre, pueblo y nación, y cada cultura en la historia, reconocen y realizan como bien, verdad y belleza. Es más, el Evangelio induce a asimilar y desarrollar todos estos valores, a vivirlos con magnanimidad y alegría y a completarlos con la misteriosa y sublime luz de la Revelación» (n. 18).

«La catolicidad de la Iglesia se manifiesta también en la corresponsabilidad activa y en la colaboración generosa de todos en favor del bien común. La Iglesia realiza en todas partes su propia universalidad acogiendo, uniendo y elevando, en el modo que le es propio y con solicitud material, todo valor humano auténtico. Al mismo tiempo, ella se afana, en cualquier área geográfica y en cualquier situación histórica, en ganar para Dios a cada hombre y a todos los hombres, para unirlos entre sí y con El en su verdad y en su amor.

»Cada hombre, cada nación, cada cultura y civilización tienen una función propia que desarrollar y un puesto propio en el misterioso plan de Dios y en la historia universal de la salvación» (n. 19).

11. En el plano de la inculturación, sigue la misma encíclica: «Los dos hermanos no sólo desarrollaron su misión respetan-

Fundación Speiro

do plenamente la cultura existente entre los pueblos eslavos, sino que, junto con la religión, la promovieron y acrecentaron de forma eminente e incesante» (n. 26).

«Para la plena catolicidad, cada nación y cada cultura tienen un papel propio que desarrollar en el plan universal de salvación. Cada tradición particular, cada Iglesia local, debe permanecer abierta y atenta a las otras Iglesias y tradiciones y, al mismo tiempo, a la comunión universal y católica; si permaneciese cerrada en sí misma correría el peligro de empobrecerse también ella.

»En la actuación del propio carisma, Cirilo y Metodio dieron una contribución decisiva a la construcción de Europa, no sólo en la comunión religiosa cristiana, sino también con miras a su unión civil y cultural. Ni aun hoy existe otra vía para superar las tensiones y reparar las rupturas y antagonismos existentes, tanto en Europa como en el mundo, los cuales amenazan con provocar una espantosa destrucción de vida y de valores. Ser cristiano en nuestro tiempo significa ser artífice de comunión en la Iglesia y en la sociedad. A tal fin ayudan un espíritu abierto hacia los hermanos, la mutua comprensión y la prontitud en la cooperación mediante un generoso intercambio de los bienes culturales y espirituales.

»En efecto, una de las aspiraciones fundamentales de la humanidad actual es la de volver a encontrar la unidad y la comunión por una vida verdaderamente digna del hombre a nivel mundial» (n. 27).

12. En la proyección social y política ha destacado JUAN PABLO II, en su mensaje de este año 1986 a los presidentes de las Conferencias episcopales Europeas: «Europa también es el continente de muchas comunidades nacionales que tienen una fisonomía, cultura y lengua propias: Este dato histórico ha hecho más difícil, en cierto modo, la comunicación entre los distintos pueblos y ha dado origen también a tensiones dolorosas, por no hablar de choques violentos. Pero la diversidad, si por una parte obstaculiza la comunicación, por otra la hace aún más necesaria

Fundación Speiro

y fecunda. Las numerosas experiencias, si se confrontan entre sí, pueden enriquecerse mutuamente».

Esto es perfectamente coherente con la concepción cultural, social y política de la doctrina social de la Iglesia, presidida por los principios de la participación, solidaridad y subsidiariedad —como resalta el mismo JUAN PABLO II—, constitutivos de la verdadera unidad que —como repite— no es absorción ni siquiera fusión. «El *pluralismo* de las tradiciones, el pluralismo de las culturas, el pluralismo de las hostorias, el pluralismo de las identidades nacionales —afirma en Canadá, en su homilía durante la misa celebrada en el Parque Bird's Hill, el 16 de septiembre de 1984— todo esto es compatible con la unidad de la sociedad». Siendo para esto preciso —conforme el cristianismo ha educado a los fieles desde las épocas más antiguas— «*tener el sentimiento de las responsabilidades hacia el bien común de la sociedad*».

La Iglesia siempre ha tratado de guiar al hombre, no sólo como persona individual sino en su inserción al bien común social.

JUAN PABLO II, en su alocución al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, el 16 de enero de 1982, exponía: «como escribí en mi primera encíclica *Redemptor hominis,* "el hombre, en la plena verdad de su existencia, de su ser personal y a la vez de su ser comunitario y social —en el ámbito de la sociedad y de contextos tan diversos, en el ámbito de la propia nación o pueblo (y posiblemente aun en los del clan o tribu), en el ámbito de toda la humanidad—, este hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión; él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo (n. 14). Aquí se encuentra el porqué de la acción incansable que la Iglesia realiza respecto del hombre considerado como persona individual o a través de su inserción en el contexto público de su existencia.

»Al considerar precisamente esta segunda dimensión —la del ser comunitario y social del hombre— es cuando aparece la significación de los derechos de cada pueblo, pues la nación es la sociedad "natural" en la que el hombre, a través de la familia,

Fundación Speiro

viene al mundo y se forma su propia identidad social, es decir, donde vive en una cultura determinada que configura el genio de su pueblo e imprime en los hombres, diversificándolos entre ellos, las características de su personalidad y de su formación. Como dije en la prestigiosa sede de la UNESCO, en París, el 2 de junio de 1980, "la cultura es un modo específico del *existir* y del *ser* del hombre. El hombre vive siempre según una cultura que le es propia y que, a su vez, crea entre los hombres un lazo que les es también propio, determinando el carácter interhumano. En la unidad de la cultura, como modo propio de la existencia humana, hunde sus raíces al mismo tiempo la pluralidad de culturas en cuyo seno vive el hombre. El hombre se desarrolla en esta pluralidad sin perder, sin embargo, el contacto esencial con la unidad de la cultura, en tanto que es dimensión fundamental y esencial de su existencia y de su ser"».

De ahí la *participación*, la *solidaridad* y la *subsidiariedad*, socialmente básicas, que el mismo Papa explicaría en su discurso a la *Unión de Juristas católicos italianos*, el 10 de diciembre de 1984.

Respecto de los principios de *participación* y *solidaridad*, señaló que «el Concilio Vaticano II ha formulado también otro principio para una participación efectiva por parte de los elementos sociales en la edificación de la sociedad y esto se refiere, tanto a cada uno de los miembros como a los mismos grupos sociales. Dice el concilio: "Ellos (esto es, cada uno de los miembros) están obligados a dar ejemplo de sentido de responsabilidad y de servicio al bien común; así demostrarán también en los hechos cómo pueden armonizarse la autoridad y la libertad, la iniciativa personal y la necesaria solidaridad del cuerpo social". La crisis de la sociedad moderna no es sólo una crisis de las instituciones, sino también profundamente una crisis moral del hombre mismo. Por esto, el Concilio Vaticano II y toda la doctrina social insisten en que las reformas institucionales vayan acompañadas por una renovación moral del hombre. Estos dos elementos son interdependientes y ambos deben fundarse en los

Fundación Speiro

valores morales para desarrollar en la sociedad de hoy una cultura de solidaridad».

Y centrándose en el principio de *subsidiariedad* prosigue: «Para llegar a esta finalidad hay que tener presente también que la solidaridad del hombre se realiza generalmente a diversos niveles y con diferente intensidad, desde la familia y los diversos grupos e instituciones intermedias hasta el Estado y la sociedad internacional. El crecimiento de esta solidaridad depende mucho de la capacidad de los cuerpos intermedios para ofrecer a sus miembros una auténtica posibilidad de corresponsabilidad y de servicio y de la capacidad de no convertirse en sistemas burocráticos que aumentan la alienación social del hombre y de su actitud consumística hacia la sociedad. No se puede esperar del hombre un comportamiento de solidaridad plenamente desarrollada para con el Estado y la sociedad internacional, si no se ha alimentado y practicado también a nivel de grupos e instituciones intermedias. También es éste un aspecto del principio de subsidiariedad tan central en la actitud social de la Iglesia. E incluso veo aquí una llamada especial para la Unión de Juristas Católicos Italianos, es decir, la necesidad de una reflexión particular sobre cómo pueden ser protegidos los cuerpos intermedios del peligro de una esclerosis burocrática y cómo pueden llegar a ser centros de auténtica solidaridad».

La solidaridad de que ha dotado el cristianismo a los pueblos europeos entre sí ha sido el cemento principal de Europa. Como expuso JUAN PABLO II el 5 de abril de 1979 en su alocución durante la audiencia que concedió a la Oficina de la presidencia del Parlamento Europeo:

«Las partes unidas de este modo, evidentemente no olvidarán que no constituyen ellas solas Europa entera; seguirán siendo conscientes de su responsabilidad común respecto del porvenir de todo el continente, un continente que, por encima de sus divisiones históricas, sus tensiones y conflictos, posee profunda solidaridad, a la que ha contribuido enormemente el tener la misma fe cristiana».

Fundación Speiro

V

Las graves fracturas sufridas por Europa

13. Sin embargo, Juan Pablo II no ignora las graves fracturas ya en la misma Edad Media, en plena formación de Europa, en especial la derivada del Cisma de Occidente. En su antes citado discurso del 20 de mayo de 1985 a las Comunidades Económicas Europeas, —después de decir que «somos herederos de esos largos siglos en que se formó en Europa una civilización inspirada en el cristianismo»—, añade: «Pero también padecemos las consecuencias duraderas de graves fracturas. Los cristianos rompieron la comunión fraterna pedida por el Evangelio. En el siglo XI la triste separación de Roma y de Bizancio aleja durante mucho tiempo Oriente de Occidente. En siglos sucesivos se afianzan las nacionalidades. La organización social se modifica» ... «Los Estados se enfrentan y se muestran conquistadores. El mundo cristiano conoce nuevas rupturas: las del siglo XVI son profundas. Todavía no hemos sabido resteñar sus heridas».

Ahondando en las consecuencias de la primera ruptura, en su discurso en la Basílica de San Nicolás de Bari, del 26 de febrero de 1984, exponía:

«En varias ocasiones y de diversos modos he afirmado que Europa, la del Este como la del Oeste, no puede comprenderse a sí misma —ni, por lo tanto, el sentido de su historia, el alcance y el significado de las profundas convulsiones que ha sufrido o de las ideologías que han dejado marca en los surcos de su historia— si prescinde de la tragedia de la separación entre Roma y Constantinopla.

»Hay lugares donde, al final de una peregrinación, algunos hilos de la trama de las vicisitudes históricas europeas resultan más nítidos. La presencia de los restos mortales de San Nicolás hace de Bari uno de estos lugares.

»Las dos Iglesias hermanas han engendrado el dinamismo espiritual de Europa, condicionando por esto mismo su destino,

Fundación Speiro

¿podrán abandonarla jamás a sí misma en un momento tan crítico de su historia? La Iglesia del Este como la del Oeste saben amar todo lo que hoy, como ayer, se agita y fermenta entre los pueblos de este continente, a los cuales se sienten indisolublemente unidas con la misteriosa identificación del amor, así como saben que están vinculadas a todos los pueblos que han escuchado el Evangelio en algún período, antiguo o reciente, de su historia».

Respecto a las profundas rupturas del siglo XVI, explica la *Instrucción de la Doctrina de la Fe sobre libertad cristiana y liberación* (n. 6) que, «Lutero, partiendo de la lectura de San Pablo, intentó luchar por la liberación del yugo de la ley, representado para él por la Iglesia de su tiempo».

La misma *Instrucción* prosigue: «Pero es sobre todo en el Siglo de las Luces y con la Revolución francesa cuando resuena con toda su fuerza la llamada a la libertad. Desde entonces muchos miran la historia futura como un irresistible proceso de liberación que debe conducir a una era en la que el hombre, totalmente libre al fin, goce de la felicidad ya en esta tierra».

El hombre quiere liberarse de la Iglesia, de la naturaleza, de todo poder, de la misma existencia de un Dios trascendente, para autoproclamar «la libertad interior bajo la forma de libertad de pensamiento y libertad de decisión» (n. 9). Hasta tal punto que: «En relación con el movimiento moderno de liberación interior del hombre hay que constatar que el esfuerzo con miras a liberar el pensamiento y la voluntad de sus límites ha llegado hasta considerar que la moralidad como tal constituía un límite irracional que el hombre, decidido a ser dueño de sí mismo, tenía que superar.

»Es más, para muchos Dios mismo sería la alienación específica del hombre; entre la afirmación de Dios y la libertad humana habría una incompatibilidad radical. El hombre, rechazando la fe en Dios, llegaría a ser verdaderamente libre» (n. 18).

Esta es la locura de Europa en la modernidad tan maravillosamente diagnosticada por DONOSO CORTÉS y analizada profundamente por nuestro maestro SCIACCA.

Fundación Speiro

JUAN PABLO II pone el dedo en la llaga de Europa al explicar a los participantes del V Simposio del *Consejo de las Comunidades Episcopales Europeas* de 1982.

«A esta luz del cristianismo puede descubrirse en la aventura del espíritu europeo las tentaciones, las infidelidades y los riesgos que son propios del hombre en su relación esencial con Dios en Cristo.

»Aún más profundamente podemos afirmar que estas pruebas, estas tentaciones y este resultado del drama europeo no sólo interpelan al cristianismo y a la Iglesia desde fuera, como una dificultad o un obstáculo externo que debe superar en la tarea de evangelización, sino que en un sentido verdadero son internos al cristianismo y a la Iglesia. El ateísmo europeo es un desafío que está comprendido en el horizonte de una conciencia cristiana; se trata más de una rebelión contra Dios y de una infidelidad a Dios, que de una simple negación de Dios. El secularismo, que Europa ha difundido por el mundo con peligro de agotar lozanas culturas de los pueblos de otros continentes, se ha alimentado y se alimenta en la concepción bíblica de la creación y de la relación hombre-cosmos.

»La empresa científico-técnica de someter el mundo, ¿acaso no está en la línea bíblica de la misión que Dios ha confiado al hombre? Y la voluntad de poder y de poseer, ¿no es la tentación del hombre y del pueblo bajo el signo de la alianza con Dios...?

»Podríamos continuar en nuestro análisis. Y descubriríamos, acaso con admiración, que la crisis y la tentación del hombre europeo y de Europa son crisis y tentaciones del cristianismo y de la Iglesia en Europa».

VI

LA PÉRDIDA DE IDENTIDAD Y LA CRISIS QUE PADECE EUROPA

14. El mismo Papa volvió a posar su mirada en esta Europa de hoy, enferma en sus raíces, durante su discurso en la Catedral de Santiago de Compostela de 1982.

Fundación Speiro

«Dirijo mi mirada a Europa como el continente que más ha contribuido al desarrollo del mundo, tanto en el terreno de las ideas como en el del trabajo, en el de las ciencias y las artes. Y mientras bendigo al Señor por haberlo iluminado con su luz evangélica desde los orígenes de la predicación apostólica, no puedo silenciar el estado de crisis en el que se encuentra, al asomarse al tercer milenio de la era cristiana.

»Hablo a representantes de organizaciones nacidas para la cooperación europea y a hermanos en el Episcopado de las distintas Iglesias locales de Europa. La crisis alcanza la vida civil como la religiosa. En el plano civil, Europa se encuentra dividida. Unas fracturas innaturales privan a sus pueblos del derecho de encontrarse todos recíprocamente en un clima de amistad; y de aunar libremente sus esfuerzos y creatividad al servicio de una convivencia pacífica, o de una contribución solidaria a la resolución de problemas que afectan a otros continentes. La vida civil se encuentra marcada por las consecuencias de ideologías secularizadas, que van desde la negación de Dios o la limitación de la libertad a la preponderante importancia atribuida al éxito económico respecto a los valores humanos del trabajo y de la producción; desde el materialismo y el hedonismo, que atacan los valores de la familia prolífica y unidad, los de la vida recién concebida y la tutela moral de la juventud, a un "nihilismo" que desarma la voluntad de afrontar problemas cruciales como los de los nuevos pobres, emigrantes, minorías étnicas y religiosas, recto uso de los medios de información, mientras arma las manos del terrorismo.

»Europa está, además, dividida en el aspecto religioso: No tanto ni principalmente por razón de las divisiones sucedidas a través de los siglos, cuanto por la defección de bautizados y creyentes de las razones profundas de su fe y del vigor doctrinal y moral de esa visión cristiana de la vida, que garantiza el equilibrio a las personas y comunidades».

Este diagnóstico lo ahonda pocos días después, en el V Simposio del Consejo de las Conferencias Episcopales Europeas.

«Las trágicas vicisitudes de este siglo, que han ensangren-

Fundación Speiro

tado el suelo de Europa con espantosos conflictos fratricidas; la implantación de regímenes autoritarios y totalitarios que han negado y niegan la libertad y los derechos fundamentales del hombre; las dudas y reservas que gravitan sobre un progreso que, mientras manipula los bienes del universo para incrementar la opulencia y el bienestar, no sólo menoscaba el "hábitat" del hombre, sino que incluso construye tremendos mecanismos de destrucción; el epílogo fatal de las corrientes filosófico-culturales y de los movimientos de liberación cerrados a la trascendencia; todo esto ha terminado por desencantar al hombre europeo, impulsándolo hacia el escepticismo, el relativismo, si es que no le ha hecho incluso precipitarse en el nihilismo, en la insignificancia y en la angustia existencial.

»Esta contradicción y este desenfoque dramático e imprevisto parecen paradójicos y difíciles de explicar. Algunos dirán que se trata de una crisis de crecimiento, ligada a la naturaleza del hombre, esencialmente caracterizada por la finitud y la historicidad de su condición. Pero el drama parece encerrar un significado más recóndito, que os corresponde desvelar plenamente a vosotros, dando su interpretación espiritual a la luz de una teología de la historia que contempla al hombre en diálogo de libertad con Dios y con su proyecto salvífico...».

Esta perspectiva general —que tanto insistía en recordar nuestro llorado SCIACCA— la completan analíticamente otros textos del mismo JUAN PABLO II, que merece la pena clasificar y examinar.

15. La descristianización de Europa y la tentación consentida del ateísmo constituye el núcleo central del mal que padecemos.

El 6 de noviembre de 1981, en el Coloquio internacional sobre las raíces cristianas comunes de los pueblos europeos, JUAN PABLO II anunciaba:

«Nos encontramos en una Europa en la que se hace cada vez más fuerte la tentación del ateísmo y del escepticismo; en la que arraiga una penosa incertidumbre moral, con la disgregación de

Fundación Speiro

la familia y la degeneración de las costumbres; en la que domina un peligroso conflicto de ideas y de movimientos. La crisis de la civilización (Huizinga) y el ocaso de Occidente (Spengler) sólo significan la extrema actualidad y necesidad de Cristo y del Evangelio. El sentido cristiano del hombre, imagen de Dios, según la teología griega tan amada por Cirilo y Metodio y profundizada por San Agustín, es la raíz de los pueblos de Europa, y es necesario remitirse a ello con amor y buena voluntad para dar paz y serenidad a nuestra época: sólo así se descubre el sentido humano de la historia, que en realidad es "Historia de la salvación"».

Notemos que el Papa advierte que no ha sido espontánea la descristianización ni la progresión de la irreligiosidad y el ateísmo en Europa. En su mensaje de enero de este año 1986, a los *Presidentes de las Conferencias Episcopales de Europa,* ha hablado de «los esfuerzos que, especialmente en los últimos siglos se han realizado, en diversas partes y a distintos niveles para desarraigar del espíritu de los europeos las convicciones cristianas e incluso el mismo sentimiento religioso. El ateísmo ha conocido en el continente una difusión impresionante, sobre todo en las formas del ateísmo científico y del ateísmo humanístico, refiriéndose ambas a la autoridad de la razón humana y, por lo que concierne al primero, a la autoridad de la razón iluminada por los descubrimientos que la ciencia va haciendo progresivamente».

Sin embargo, esto constituye la autonegación del propio ser de Europa. Así lo destacó el Papa en el referido V Simposio de las Conferencias Episcopales de Europa.

«Europa no podría abandonar el cristianismo como compañero de viaje que se le ha hecho extraño, lo mismo que un hombre no puede abandonar sus razones de vivir y de esperar, sin caer en una crisis dramática.

»Por esto, las transformaciones de la conciencia europea, impulsadas hasta las más radicales negaciones de la heredad cristiana, sólo siguen siendo comprensibles con referencia esencial al cristianismo. Las crisis del hombre europeo son las crisis del

Fundación Speiro

hombre cristiano. Las crisis de la cultura europea son las crisis de la cultura cristiana.

»Resulta sumamente significativo examinar la metamorfosis sufrida por el espíritu europeo en este último siglo. Europa está hoy cruzada por corrientes, ideologías, ambiciones que se querría fuesen extrañas a la fe, cuando no, incluso, directamente opuestas al cristianismo. Pero es interesante poner de relieve cómo, partiendo de sistemas y de opciones que pretendían absolutizar al hombre y sus conquistas terrenas, se ha llegado hoy a poner en discusión precisamente al hombre mismo, su dignidad y sus valores intrínsecos, sus certezas eternas y su sed de absoluto. ¿Dónde quedan hoy las solemnes proclamas de cierto científico que prometía abrir al hombre espacios indefinidos de progreso y bienestar? ¿Dónde están las esperanzas de que el hombre, una vez proclamada la muerte de Dios, se colocaría finalmente en el lugar de Dios en el mundo y en la historia, comenzando una era nueva de la que vencería por sí solo todos los males propios?».

16. De ahí sigue la pretensión de sustituir el *Regnum Dei* para construir el *regnum hominis,* que está resultando una nueva y más gigantesca Torre de Babel (seguimos recordando a SCIACCA).

JUAN PABLO II lo ha señalado el 11 de octubre en su discurso al Simposio de las Conferencias Episcopales de Europa.

«¿Cómo se presenta la imagen del hombre europeo "secularizado"? Podemos decir que es un hombre tan comprometido en la tarea de construir la "ciudad terrena" que ha perdido la vista o excluido expresamente la "Ciudad de Dios". Dios permanece fuera de su horizonte de vida. Pero el ateísmo teórico o práctico se refleja necesariamente en la concepción antropológica. Si el hombre no es imagen de Dios y no hace referencia a nada más que a sí mismo, ¿qué valor tiene, por qué actúa y vive? De hecho, la Europa que en el Oeste, en la filosofía y en la praxis ha declarado a veces la "muerte de Dios" y en el Este ha llegado a imponerla ideológica y políticamente, es también la Euro-

Fundación Speiro

pa en la que ha sido proclamada la "muerte del hombre" como persona y valor trascendente. En el Oeste la persona ha sido inmolada al bienestar: en el Este ha sido sacrificada a la estructura. Pero estas posturas se demuestran carentes de perspectivas de civilización convincentes. Por lo demás, los sistemas culturales, instituciones e ideologías que habían caracterizado la Europa de este siglo y originado "ingenuas utopías", han entrado en crisis, bajo los golpes de la misma racionalidad instrumental y del imperio de la ciencia y de la técnica. La universidad —esta gloriosa institución europea que nació de la Iglesia— se demuestra incapaz de elaborar un proyecto cultural aceptable. Ello quiere decir que ha perdido la misma función de guía de la cultura en la sociedad actual. Hoy se vive y se lucha sobre todo por el poder y el bienestar, no por ideales».

A la crisis religiosa sigue la crisis metafísica y, a ésta, la social y humana en sus propias realizaciones.

«En Occidente resulta por ello una sociedad compleja, pluralista y polivalente en la que el individuo quiere recibir sólo de la propia razón autónoma los fines, los valores y los significados de la vida y de su actividad, pero se encuentra a menudo andando a ciegas en la oscuridad de las certezas metafísicas, de los fines últimos y de los puntos seguros de referencia ética. Este hombre, que se querría tan adulto, maduro, libre, es también un hombre que huye de la libertad para arrellanarse en el conformismo, un hombre que sufre de soledad, está amenazado por varios malestares del alma, trata de alejar la muerte y está en pavorosa pérdida de esperanza».

17. Ello ha traído un gravísimo desequilibrio entre el enorme desarrollo de las ciencias y de las técnicas y el debilitamiento de los valores morales y jurídicos. En su discurso de Bruselas, de 1985, a las Comunidades Económicas Europeas, JUAN PABLO II lo expone:

«Los últimos siglos que han modelado la Europa contemporánea se caracterizan por una intensa expansión de la actividad humana: asistimos a un rápido desarrollo de las ciencias y de las

Fundación Speiro

técnicas. Simultáneamente, la reflexión del hombre sobre sí mismo explora las riquezas de la persona y las bases de la vida en sociedad. Es la época en que los filósofos marcan nuevas caminos a la actividad racional. Es el tiempo en el que grandes juristas acometen nuevamente el estudio de los fundamentos del derecho. Los valores de la libertad y la igualdad son reconocidos como los primeros derechos del hombre. Todo esto conduce a nuevas visiones del mundo, a las revoluciones industriales, a profundos cambios en las estructuras sociales.

»Sin embargo, el crecimiento de la riqueza de todo tipo lleva consigo muy poco progreso en el terreno de la equidad. Los particularismos nacionales se agudizan, las luchas por la preponderancia van jalonando la historia de los poderes. Durante estos períodos, una cierta embriaguez hace presa en el hombre, consciente de su capacidad de progreso. El optimismo racionalista que le inspiran sus conquistas le lleva a la negación de todo ideal trascendente que escape al control de su propio genio. Diversas corrientes de pensamiento, filosóficas e ideológicas, desprestigian la adhesión a la fe, y conducen a una sospecha frente a Dios que repercute en el hombre mismo, privándole de una plena conciencia de su razón de vivir. Se busca erigir en absoluto el poder del hombre o el dinamismo de su historia, pero como consecuencia emergen ideologías y sistemas políticos que dificultan el ejercicio de la libertad del hombre y merman su capacidad de generosidad. La negación práctica de muchos valores espirituales lleva al hombre a querer satisfacer su afectividad a cualquier precio y a arrinconar los fundamentos de la ética. Exige libertad y huye de las responsabilidades: aspira a la opulencia y no consigue hacer desaparecer de su lado la pobreza; profesa la igualdad de todos y muy a menudo cede a la intolerancia racial. A pesar de ello, lo que reivindica para sí, y de todo lo que en efecto le es accesible, el hombre contemporáneo sufre la tentación de la duda en el sentido de su vida, de la angustia y del nihilismo.

»Podemos decir que las dos guerras mundiales desencadenadas sobre este continente fueron consecuencia, y al mismo tiempo reveladoras, de la crisis humana por la que atraviesa la hu-

Fundación Speiro

manidad entera. Sentimos vértigo ante los innumerables muertos provocados por estos conflictos, las heridas de cuerpos y corazones, las destrucciones masivas y la terrible gravedad de las faltas que condujeron a esta desgracia. Han pasado cuarenta años pero las cicatrices continúan».

18. Como notó SCIACCA, el abandono de la búsqueda de lo *verdadero* y de lo *bueno,* considerados como conceptos religiosos o metafísicos, y su sustitución por la conquista de lo *útil,* lo *eficaz* y lo *lúdico* ha conllevado la degradación de la "conciencia".

JUAN PABLO II lo ha advertido, este mismo año 1986, en el Congreso Internacional promovido por el Instituto Polaco de Cultura.

«Tenéis razón al plantear el problema en términos de conciencia. Europa no debe agotar sus fuerzas vivas solamente en los ámbitos económico, ideológico, político o militar. La postura decisiva será la calidad de la cultura vivida al nivel de la conciencia europea. Esta es la frontera donde se juega el futuro de este continente y, en cierto sentido, del mundo entero, pues Europa ocupa un lugar de primer plano en la geografía cultural del mundo».

Esta degradación de la «conciencia» ha traído sus secuelas legislativas.

«De acuerdo con esta mentalidad —ha dicho el Papa en el Simposio de las Conferencias Episcopales Europeas de 1985—, que parece común aunque con alguna diferencia en el Este como en el Oeste —signo del materialismo inmanente y hedonista que está en su base—, ha hallado acogida el aborto. La introducción de la legislación permisiva del aborto se ha considerado como la afirmación de un principio de libertad. Preguntémonos, en cambio, si no es el triunfo del principio del bienestar material y del egoísmo sobre el valor más sacro, el de la vida humana. Se ha dicho que la Iglesia habría sido derrotada porque no ha logrado hacer que se acoja su norma moral. Pero yo pienso que, en este tristísimo e involutivo fenómeno, quien verdaderamente

Fundación Speiro

ha quedado derrotado ha sido el hombre, ha sido la mujer. Ha quedado derrotado el médico, que ha renegado del juramento y del título más noble de la medicina: el de defender y salvar la vida humana; ha sido verdaderamente derrotado el Estado "secularizado", que ha renunciado a la protección del fundamental y sacrosanto derecho a la vida, para convertirse en un instrumento de un pretendido interés de la colectividad y, a veces, se demuestra incapaz de tutelar la observancia de sus mismas leyes permisivas. Europa deberá meditar sobre esta derrota».

Y esta pérdida de la conciencia ha comportado finalmente, la degradación de las costumbres con inevitables consecuencias dañinas para la sociedad, como lo son la disminución de la natalidad y la senectud demográfica que hoy padece toda Europa, como el propio Papa recordó en el mismo simposio.

«La población europea, que en 1960 constituía el 25 % de la población mundial, si continuase la actual tendencia demográfica descendería, a mitad del próximo siglo, al nivel de un 5 %. Son cifras que han llevado a algún responsable europeo a hablar de un suicidio demográfico de Europa. Si esta involución constituye una fuente de preocupación, lo es sobre todo para nosotros porque, si se observa en profundidad, aparece como el grave síntoma de una pérdida de voluntad de vida y de perspectivas abiertas al futuro, y aun más, de una profunda alienación espiritual. Por ello no debemos cansarnos de decir y repetir a Europa: ¡Encuéntrate a ti misma! ¡Encuentra tu alma!».

Ese materialismo vivido, que reduce al hombre a animal consumidor de bienes materiales, le priva progresivamente de su dimensión sobrenatural. JUAN PABLO II lo había explicado en Nursia el 23 de marzo de 1980.

«¿Hacia dónde camina el hombre?

»Las sociedades y los hombres, en el curso de estos quince siglos que nos separan del nacimiento de San Benito de Nursia, han llegado a ser los herederos de una gran civilización, los herederos de sus victorias, pero también de sus derrotas, de sus luces, pero también de sus sombras.

Fundación Speiro

»Se tiene la impresión de que prevalace la economía sobre la moral, de que prevalece la temporalidad sobre la espiritualidad.

»Por una parte, la orientación casi exclusiva hacia el consumo de los bienes materiales, quita a la vida humana su sentido más profundo. Por otra parte, el trabajo está volviéndose en muchos casos casi una coacción alienante para el hombre, sometido al colectivismo, y se separa, casi a cualquier precio, de la oración, quitando a la vida humana la dimensión ultratemporal».

El círculo vicioso continúa girando sin hallar salida; pues entre las «consecuencias negativas de cerrarse a los valores trascendentes» se produce —como seguía diciendo en la misma homilía— «el clima cada vez más difundido de tensión social, que degenera tan frecuentemente en episodios absurdos de feroz violencia terrorista».

VII

Necesidad de volver a las raíces cristianas

19. Al diagnóstico debe seguir la adecuada terapéutica. ¿Cuál es la que debe aplicarse hoy a Europa?

La Europa más rica trata de unirse económicamente en un «mercado común», en la llamada *Comunidad Económica Europea.* Como ha dicho nuestro amigo Jorge Uscatescu (*Carlomagno y el concepto de Europa,* cfr. Boletín de la Real Sociedad Económica de amigos del País, enero-marzo, 1986, págs. 28 y siguientes), «abunda el término de "comunidad" estando lejos de inspirar su contenido en la idea, noble y dinámica, de "comunidad", se quiere realizar al margen y con ignorancia expresa de dos realidades inseparables de la idea misma de Europa». La cultural y la de la plena territorialidad de Europa, olvidando un ancho trozo de ella. Mientras resulta que «las coordenadas económicas son dominantes y donde una burocracia abundante, sea parlamentaria o no, está muy lejos de hacernos olvidar la ex-

Fundación Speiro

presión despectiva del general De Gaulle, cuando empleaba el epíteto de "apátrida" para designar a los funcionarios europeos al servicio de la unidad del Continente».

En la citada homilía de Nursia, con ocasión del XV centenario de San Benito, JUAN PABLO II señaló otro camino:

«Sólo la conciencia recuperada de la dimensión transcendente del destino humano puede conciliar el compromiso por su justicia y el respeto de la sacralidad de cada una de las vidas humanas inocentes. Por esto la Iglesia italiana se recoge hoy particularmente en apremiante oración.

»No se puede vivir para el futuro sin intuir que el sentido de la vida es mayor que la temporalidad, que está sobre ella. Si la sociedad y los hombres de nuestro continente han perdido el interés por este sentido, deben encontrarlo de nuevo. Con esta finalidad, ¿pueden volver quince siglos atrás, al tiempo en que nació San Benito de Nursia?

»No, no pueden volver atrás. Deben encontrar de nuevo el sentido de la vida en el contexto de nuestro tiempo. De otro modo no es posible. Ni deben ni pueden volver atrás, a los tiempos de Benito, pero deben volver a encontrar el sentido de la existencia humana según la medida de Benito. Sólo entonces vivirán para el futuro. Y trabajarán para el futuro. Y morirán en la perspectiva de la eternidad».

En su alocución a los paticipantes al *Congreso sobre la crisis de Occidente y la misión espiritual de Europa,* el 12 de noviembre de 1981 —después de recordar que la historia de Europa y la de cada uno de sus pueblos «está marcada por la fe cristiana y el respeto a la dignidad del hombre, creado a imagen de Dios y redimido por la sangre de Cristo. La responsabilidad personal, el respeto de la libertad, la veneración a la vida, la máxima estima del matrimonio y de la familia eran así los principios normativos»— indicaba:

«El mundo necesita una Europa que tome nuevamente conciencia de su fundamento cristiano y de su identidad y que, a la vez, esté dispuesta a configurar su propio presente y futuro a partir de ahí. Europa fue el primer continente con el que el

Fundación Speiro

cristianismo se familiarizó profundamente y el que, a partir de ello, experimentó un empuje espiritual y material inconmensurable. ¿No es posible crear también hoy nuevos impulsos y fuerzas para una amplia renovación espiritual-moral y política de Europa a partir del mismo fundamento ideal, mediante una seria toma de conciencia, de manera que Europa pueda llevar a cabo, responsable y eficazmente, en el marco de la actual comunidad de pueblos, la misión espiritual que le corresponde?».

Un año después, en su discurso a los participantes a un simposio sobre pastoral familiar en Europa, insiste:

«Hoy más que nunca Europa tiene necesidad de reencontrar su identidad espiritual, que es incomprensible sin el cristianismo. El cristianismo no es algo que viene como suplemento, algo extraño a la conciencia europea, a esta conciencia que constituye el tejido unitivo profundo y verdadero del viejo continente, subyacente en la legítima diversidad de pueblos, de culturas y de historias. El cristianismo, el anuncio del Evangelio está en la fuente de esta conciencia, de esta unidad espiritual, como lo demuestran ya los orígenes de su historia a través de Benito, Patriarca de Occidente, y de Cirilo y Metodio, los hermanos eslavos. La reconstrucción de Europa exige, ante todo, este esfuerzo para hacerla de nuevo consciente de su identidad total, de su alma».

El cristianismo —había dicho ya en 1979 a la *Conferencia Episcopal Polaca,* en su 169 Asamblea— debe comprometerse nuevamente en la formación de la unidad espiritual de Europa. Las solas razones económicas y políticas no son capaces de hacerlo».

Y desde la cumbre del Mont Blanc en septiembre último, repetía: «Desde lo alto de este escenario alpino, que permite a la mirada pasearse por territorios de tres naciones europeas, renuevo por tanto mi llamada a Europa a fin de que, superando tensiones anacrónicas y prejuicios arcaicos, redescubra las razones de su unidad y vuelva a encontrar aquellos valores que han hecho grande su historia a través de los siglos».

Fundación Speiro

20. Con este reencuentro con el cristianismo, Europa debe integrarse en la «*civilización del amor* que está inspirada por el Evangelio y al mismo tiempo es profundamente humana». Así lo expresaba en el aeropuerto de Riem el 19 de noviembre de 1980.

«Ella corresponde a los más profundos deseos y necesidades del hombre, también en la dimensión social de su existencia. En este aspecto la civilización del amor se refiere a aquella forma de coexistencia y de convivencia entre los pueblos en la que Europa formaría una afectiva familia de pueblos. Así como en cualquier familia cada uno de sus miembros encuentra una completa atención y respeto, del mismo modo en esta familia de pueblos todas las naciones —grandes, medianas y pequeñas— deberían ser respetadas. Estas naciones tienen ya su propia larga historia, su plena identidad y su propia cultura. A esta propia madurez histórica corresponde el derecho a la propia autonomía, dentro de la cual, naturalmente, también deberían ser cuidadosamente respetados los derechos de las otras naciones.

»En el período histórico que estamos comenzando hay que pensar en el futuro de Europa no desde una posición de fuerza y de competencia, ni desde una posición de predominio económico o de interés personal, sino desde la perspectiva de la civilización del amor, que es la que puede hacer posible a cada nación ser plenamente ella misma, permitiendo a la vez al conjunto de las naciones librarse de la amenaza de una nueva guerra y de la recíproca destrucción. El amor permite a todos considerarse efectivamente libres e iguales en dignidad. A este objetivo debe contribuir también la política con un espíritu de solidaridad que haga imposible el que cada uno se sirva del otro en su propio interés. ¡Lo cual excluye también cualquier forma de explotación o de opresión!».

En el *V Simposio de las Conferencias Episcopales,* contemplaba la Europa dividida y contrapuesta de hoy para señalar el camino de su reintegración en una nueva y común civilización.

«El viejo continente —decía— lleva todavía hoy abiertas en su carne las heridas de un pasado, remoto y próximo, marcado por guerras, por contraposiciones ideológicas, políticas, milita-

Fundación Speiro

res, económicas. Alguno se preguntará si hoy Europa no es un mito, o mostrará que en realidad existen diversas Europas: desde la económica y política, a la cultural y militar. A pesar del impulso hacia la restauración de las fracturas históricas y las fuerzas convergentes hacia la unidad, líneas divisorias atraviesan el continente entre este y oeste, norte y sur».

En cambio: «En el simposio representáis, en efecto, a pueblos étnicamente distintos y traéis con vosotros una gran variedad de culturas. Vuestra asamblea no nivela ni anula las riquezas de cada una de las civilizaciones; las pone en comunicación, abriéndolas a un enriquecimiento mutuo. Como ya hizo el cristianismo en el primer milenio de Europa, integrando la heredad grecorromana, la cultura de los pueblos germánicos y la de las poblaciones eslavas, dando vida, por la variedad étnica y cultura, a un común espíritu europeo» ... «no queréis construir una Europa paralela a la existente, sino que lo que hacéis es revelar Europa a sí misma. Mostráis a Europa su alma y su identidad, ofrecéis a Europa la clave de interpretación de su vocación».

El 21 de abril de 1986 ha insistido de nuevo: «... las pruebas y las divisiones que han lacerado este viejo continente constituyen también ellas una invitación apremiante para los europeos, que se comprometen a volver a las fuentes de su historia, para reencontrar su fraternidad común y su indeleble cultura. Respetando totalmente el pluralismo de las sociedades modernas, sepamos dar vida y significación a la herencia cristiana de Europa. Herencia no quiere decir pasado obsoleto, como se lo imaginan demasiadas personas que tienen tendencia a ver el cristianismo a través de algunas instituciones viejas y caducas. Para nosotros, que lo vivimos, el patrimonio cristiano es siempre activo y creador de cultura. Sepamos, a través de un diálogo sincero y valiente, reivindicar las libertades y las garantías indispensables para que los cristianos y todos los creyentes puedan aportar su contribución indispensable a la construcción futura de todas las sociedades de este continente, de norte a sur, y de este a oeste».

La primera ruptura, la más antigua, la que separó Oriente de

Fundación Speiro

Occidente en el cisma religioso, es también preciso sanarla. En esa reintegración insistió, el 26 de enero de este año de 1986, en su mensaje a los *Presidentes de las Conferencias Episcopales de Europa.*

«La civilización cristiana de Europa ahonda sus raíces en dos venerables tradiciones, que se han ido desarrollando mediante un proceso plurisecular con características distintas y, sin embargo, complementarias: la tradición latina y la oriental, manteniendo cada una de sus propias peculiaridades teológicas, litúrgicas y ascéticas, en las que, no obstante todo ello, se refleja la riqueza inagotable de la única Verdad revelada. Unica es, en efecto, el alma inspiradora, única la fuente primordial, única la meta última. Si en el transcurso de los siglos ha intervenido, por desgracia, la dolorosa ruptura entre Oriente y Occidente, de la que se resiente la Iglesia aún hoy, se impone con particular urgencia el deber de reconstruir la unidad para que la belleza de la Esposa de Cristo pueda resplandecer con todo su esplendor. Pues al ser precisamente complementarias, las dos tradiciones son, por sí mismas, de algún modo imperfectas. Unicamente encontrándose y armonizándose es cuando pueden complementarse y ofrecer, a la vez, una interpretación menos inadmisible del "misterio escondido" desde siglos y desde las generaciones y ahora manifestado a sus santos».

Y, continúa el Papa: «Europa es, además, el continente en el que se ha llevado a cabo otra grave laceración de la "túnica inconsútil", que se conoce con el nombre de "Reforma protestante". No hay quien no vea cuán fuerte obstáculo constituye para el esfuerzo de evangelización del mundo contemporáneo esta situación de división. Es menester, por tanto, que cada uno se dedique con gran esfuerzo a la causa del ecumenismo para que, con la ayuda de todos, el camino hacia la unidad no sólo no pare, sino que conozca más bien aquella aceleración a la que aspiran, movidos por el Espíritu, los ánimos más fervientes. Europa es la "patria" originaria de estas divisiones religiosas; corresponde, por consiguiente, a Europa especialmente, la ta-

Fundación Speiro

rea de buscar las vías adecuadas para conseguir superarlas lo antes posible».

21. Esa labor, como toda siembra cultural fructífera, debe comenzar por la familia.

«Esta renovación que pone en juego todas las fuerzas de la Iglesia —había dicho a los participantes en el simposio sobre pastoral familiar de 26 de noviembre de 1983— halla en la familia uno de los sujetos más importantes».

Y, ante el *Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa,* el 11 de octubre de 1985, lo explicaría: «... La familia es la célula fundamental de la sociedad. De hecho, las crisis y transformaciones culturales, sociales, religiosas y éticas de la sociedad europea se evidencian y se reflejan de manera impresionante en el modelo familiar».

Por eso, añadiría: «Pienso que la pastoral familiar, en la perspectiva de una evangelización nueva se debe colocar entre las prioridades. Aquí está en juego el bien y el porvenir de la Iglesia en Europa, no menos que el bien y el porvenir de la sociedad europea». Las dificultades de esa tarea no podían escaparse: «Somos conscientes —proseguía— de los conflictos y tensiones que existen entre el modelo de familia y de moral familiar propuesto por el Evangelio y el que prevalace en la sociedad actual. Pero es importante darse cuenta también de las contradicciones internas y de la involución sin precedentes del modelo "secularizado" de matrimonio y familia. Privilegiando un subjetivismo y un individualismo que tiende sólo a la búsqueda de la propia "auto-realización" egoísta, el matrimonio ha sido privado de su último y natural significado y valor».

VIII

La necesaria "autoevangelización" de Europa

22. El procedimiento para realizar esta terapéutica, que para Europa propone Juan Pablo II, es reconocer que de tie-

Fundación Speiro

rra misionera se ha convertido en tierra de misión, que requiere una autoevangelización. Lo proclamó así, el 20 de junio de 1979, en su homilía pronunciada durante la celebración eucarística en el *IV Simposio de Obispos Europeos.*

«Europa, con su grandioso pasado misionero, se interroga a sí misma en los diversos puntos de su actual "geografía eclesial", y se pregunta si no se está convirtiendo en un continente de misión».

«Para Europa —añadía— existe el problema que, en la *Evangelii nuptiandi,* se ha definido como "autoevangelización". La Iglesia debe evangelizarse siempre a sí misma. La Europa católica y cristiana tiene necesidad de esta evangelización. Debe evangelizarse siempre a sí misma. Quizá en ningún otro lugar como en nuestro continente se delinean con tanta limpidez las corrientes de la negación de la religión, las corrientes de la "muerte de Dios", de la secularización programada, del ateísmo militante organizado».

E invitaba, a fin de realizarla: «Pensemos en los primeros que vinieron al continente europeo como heraldos de la Buena Nueva, como Pedro y Pablo. Pensemos en los que, a lo largo de la historia de Europa, han allanado los caminos hacia pueblos nuevos, como Agustín o Bonifacio, o los hermanos de Tesalónica, Cirilo y Metodio. Tampoco ellos tenían certeza del futuro humano de su misión e incluso de su propia suerte. La fe y la esperanza fueron más poderosas que esta incertidumbre humana. Fue más poderoso el amor de Cristo que los "apremiaba" (cfr. 2. *Cor,* 5, 14). En esta fe, esperanza y caridad se manifestó el Espíritu operante. Es necesario que también nosotros nos convirtamos en instrumentos dóciles y eficaces de su acción en nuestra época».

Con esa misma directriz diría a los participantes del *V Simposio de las Conferencias Episcopales de Europa:*

«Si es verdad que las dificultades y los obstáculos a la evangelización en Europa encuentra pábulo en la misma Iglesia y en el mismo cristianismo, habrá que buscar los remedios y las soluciones en el interior de la Iglesia y del cristianismo, es decir,

Fundación Speiro

en la verdad y en la gracia de Cristo, Redentor del hombre, centro del cosmos y de la historia.

»La Iglesia misma debe, pues, evangelizarse para responder a los desafíos del hombre de hoy. Si el ateísmo es una tentación de la fe, será vencido con la profundización y la purificación de la fe.

»Si el secularismo interpela la concepción del hombre en el mundo y la utilización del universo, la evangelización deberá proponer de nuevo la teología y la espiritualidad cósmica...

»Si la revolución industrial, nacida en Europa, ha dado origen a un tipo de economía, a relaciones sociales y a movimientos que parecen oponerse a la Iglesia y obstaculizar la evangelización, restituiremos al mundo del trabajo un mundo humano y cristiano, viviendo, anunciando y encarnando el Evangelio de la justicia, de la fraternidad y del trabajo».

No olvida el Papa el gran obstáculo que para esa evangelización representa el *disenso* que Europa padece. Así lo dijo al Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa en su Simposio de octubre de 1985:

«El disenso doctrinal y moral aparece como un síntoma característico más bien del Occidente "rico" y, por tanto, también de Europa. En cierto aspecto parece originado por una transposición al campo religioso y eclesial de modelos de vida civil y de contestación política; bajo otro aspecto puede muy bien denotar un espíritu humano orgulloso y que no tolera las exigencias del Evangelio, como tampoco la necesidad de la "gracia" de Dios para acogerlas y vivirlas. Una condición que no se debe descuidar en la evangelización será, pues, alcanzar y valorizar, más allá y a pesar del disenso, el auténtico sentido de los fieles, que acoge el Evangelio en su integridad discriminante respecto del espíritu del mundo, según la exhortación de San Pablo: *"Nolite conformari huic saeculo"*.

»Es esencial poner de relive que sólo una identificación así con el Evangelio integral puede constituir la verdadera fuerza de la evangelización, porque sólo la Palabra de Dios posee, por virtud intrínseca, la fuerza salvífica y vivificante».

Fundación Speiro

23. Para realizar esa autoevangelización deben buscarse los caminos más adecuados y caminarlos del mejor modo para alcanzar el objetivo propuesto.

En su discurso del 11 de octubre en el simposio últimamente referido, mostraba uno:

«El crepúsculo de las ideologías, la erosión de la confianza en la capacidad de las estructuras para responder a los problemas más graves y a las esperanzas ansiosas del hombre, la insatisfacción de una existencia basada en lo efímero, la soledad de las grandes metrópolis masificadas, la juventud abandonada a sí misma, y también el nihilismo, han socavado un vacío profundo que espera anunciadores creíbles de renovadas propuestas de valores capaces de edificar una nueva civilización digna de la vocación del hombre. La Iglesia debe hacerse el Buen Samaritano del hombre de hoy y debe saber individualizar los *semina Verbi* para cultivarlos y hacer que maduren. Con profunda humildad, pero también con la serena certeza que le viene de Cristo, ella debe ser consciente de que tiene para ofrecer a Europa lo que este continente necesita hoy más, y que él solo no es capaz de procurarse. La Iglesia está llamada a dar un alma a la sociedad moderna, tanto a la compleja y pluralista de Occidente, como a la monolítica de Oriente. Y la Iglesia debe infundir esta alma no desde arriba y desde fuera, sino pasando dentro, acercándose al hombre de hoy. Se impone, pues, la presencia activa y la participación intensa en la vida del hombre».

Y en la misa celebrada el 11 de mayo de 1986 en la basílica de San Apolinar in Casse de Rávena, señalaba:

«Será necesario reflexionar sobre las significativas fuerzas morales que constituyeron la originaria conciencia de Europa: el sentido del derecho, la unidad en la multiplicidad de las naciones, la voluntad de participación responsable, la creatividad en el arte y en el pensamiento. Será preciso, además, buscar los caminos de un renovado diálogo entre fe y cultura, reflexionando sobre la situación contemporánea y recogiendo las prometedoras perspectivas que parecen abrirse a una más atenta valoración del pasado, gracias a la cual se podrá comprender mejor el presente

Fundación Speiro

y, sobre todo, se podrá apoyar sobre bases más sólidas la preparación del futuro».

Se requiere, para ello, una preparación adecuada de los evangelizadores. Como proseguiría explicando el Papa en su referido discurso de 11 de octubre:

«Para esta misión sublime de hacer florecer una edad nueva de evangelización en Europa, se requieren hoy evangelizadores particularmente preparados. Se necesitan heraldos del Evangelio expertos en humanidad, que conozcan a fondo el corazón del hombre de hoy, participen de sus gozos y esperanzas, angustias y tristezas y al mismo tiempo sean contemplativos enamorados de Dios. Para esto se necesitan nuevos santos. Los grandes evangelizadores de Europa han sido los santos. Debemos suplicar al Señor que aumente el espíritu de santidad de la Iglesia y nos mande nuevos santos para evangelizar el mundo de hoy».

Y esos evangelizadores necesitan tener presente y vivo un modelo. Lo ha dicho también en ese mismo simposio al que venimos remitiéndonos.

«Para realizar una obra de evangelización eficaz debemos volver a inspirarnos en el primerísimo modelo apostólico. Dicho modelo, originario y paradigmático, lo contemplamos en el Cenáculo: los Apóstoles están unidos y perseverantes con María en espera de recibir el don del Espíritu. Sólo con la efusión del Espíritu comienza la obra de evangelización. El don del Espíritu es el primer motor, la primera fuente, el primer soplo de la auténtica evangelización. Es preciso, pues, comenzar la evangelización invocando el Espíritu y buscando dónde sopla el Espíritu (cfr. *in* 3, 8). Algunos síntomas de este soplo están ciertamente presentes hoy en Europa. Para encontrarlos, sostenerlos y desarrollarlos habrá a veces que dejar esquemas atrofiados para ir allí donde se inicia la vida, donde vemos que se producen frutos de vida "según el Espíritu" (cfr. *Rom,* 8). Estas fuentes vitales, en armonía con los rasgos del primerísimo modelo apostólico, se encuentran generalmente allí donde Cristo y el amor por Cristo está unido con la conciencia y la vida eclesial; allí donde la Iglesia, como María, es acogida y venerada como Madre».

Fundación Speiro

Ya que —advierte seguidamente—: «El anuncio de Cristo separado de la Madre-Iglesia o, peor, contrapuesto a ella, no podría ser el anuncio del "Verbo hecho carne", nacido de la Virgen María y continuamente engendrado por la Iglesia en el corazón de los fieles».

IX

¿CUÁL ES EL FUTURO DE EUROPA?

24. Para concluir esta perspectiva de Europa parece imprescindible mirar hacia adelante, al porvenir: JUAN PABLO II, desde la cumbre del Mont Blanc, hace tres meses, enfocando lo que Europa debiere ser, decía:

«A Europa le corresponde desempeñar un papel en las vicisitudes humanas del tercer milenio: ella, que tanto ha contribuido al progreso humano durante los siglos pasados, podrá seguir siendo también mañana faro luminoso de civilización para el mundo si sabe volver a beber, en concorde sintonía con el pasado, en sus fuentes originarias: el mejor humanismo clásico, elevado y enriquecido por la Revelación cristiana».

Pero, ¿volverá a beber en esas fuentes originarias? Vamos a intentar una prospección de su futuro.

Volvemos, para comenzarla, a reabrir, hacia el final (página 574), el último de los volúmenes de la magna obra de GONZAGUE DE REYNOLD.

«Estamos en el período hueco que se ha insertado entre la quinta época, la del hombre, y una sexta de la que nos es imposible saber lo que será, ni siquiera si será».

Y es, para él, una evidencia que «el período hueco en el fondo del cual hemos caído, es el más grave de toda la historia. Tres razones: por primera vez, es mundial; por primera vez, la ola del exceso de población se arroja sobre el globo entero; por primera vez, la ciencia y la técnica han colocado en la mano de los hombres los medios de destruir la humanidad, la vida misma».

Fundación Speiro

¿Puede la historia ayudarnos para clarificar ese período hueco futuro y divisar lo que él nos oculta?

Según el mismo REYNOLD (págs. 576 y sigs.), la historia es una escalera que sube, formada por los siete escalones siguientes: 1.°) Buscar y clasificar documentos. 2.°) Interpretarlos. 3.°) Evocar el pasado, elevándonos, por la «imaginación histórica» a la «justicia histórica». 4.°) Conseguir una sabiduría que enseñe a los hombres a vivir en colectividad. 5.°) Hacer la síntesis de la filosofía de la historia. 6.°) Reconocer que «la historia es una fuerza», que no sabemos dónde se encuentra, y «que se apodera del pasado para empujarlo sobre el presente y empujar a los dos sobre el porvenir». 7.°) Sentir un temor y un vértigo; y este «es el escalón del misterio. ¿De dónde viene la historia y adónde va?».

«La historia —concluye REYNOLD (pág. 579) es una tormenta que pasa, una tormenta entrecortada por brillantes rayos de sol; y después, de nuevo, la luz se apaga.

»Pero, muy alto, sobre el fondo de los negros nubarrones, resplandece el arco iris».

Y, así, JUAN PABLO II, en su Mensaje de Navidad de 1979, gritó, *urbi et orbe*, «¡*Cristianos, no tengáis miedo!*».

Este fue el tema del XIII Congreso del *Office International* en el Palais des Congrès, de París, del 2 al 4 de mayo de 1980, último al que asistió, con LEONOR, EUGENIO VEGAS.

Este grito de esperanza, apoyado en el amor de Jesucristo y de su Santísima Madre la Virgen María, ¡debe confortarnos y renovar nuestras fuerzas!

Fundación Speiro